

15 céntimos el número



Año III.

Barcelona 27 Enero de 1894

Núm. 87

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



POR LA SEÑAL... — CUADRO DE ANTONIO DE FERRER

## SUMARIO

**Texto.** — Crónica, por B. — Nuñez de Arce, por el P. F. BLANCO GARCÍA. — MI ÁLBUM: La tala en el campo. — Coplas. — País en seda (poesías), por SALVADOR RUEDA. — La navaja (conclusión), por C. SUÁREZ BRAVO. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

**Grabados.** — Por la señal..., cuadro de ANTONIO DE FERRER. — ¡Ahora duerme! cuadro de R. HOENBERG. — El bautismo de Jesús, cuadro de PEDRO BORRELL. — Ilusiones de óptica.



### Crónica

EL frío con que se inauguró el año ha dado materia larga para las crónicas de los periódicos y para las conversaciones. Duró pocos días, pero en intensidad se igualó con los fuertes que se han experimentado en Europa. Hasta en nuestra ciudad, en donde el invierno no acostumbra ser crudo, descendió el termómetro centígrado á tres y cuatro bajo cero, y en algunos días heló constantemente. Este frío, con todo, viene á ser una temperatura primaveral si se le compara con el que se sintió en muchos otros puntos de España y de fuera de ella. No hay que decir que en Soria hizo un frío terrible, porque de tiempo goza fama aquella ciudad de tener inviernos atroces. En Burgos murieron personas heladas y otro tanto sucedió en Madrid, en donde al llegar á la Puerta del Sol un guarda montado de consumos, cierto día de los primeros de Enero, al alborear, cayó del caballo quedando muerto por consecuencia del frío. En París se llegó á los doce grados bajo cero, arrastrando el Sena grandes témpanos y aun helándose en parte junto á sus orillas. Los lagos se helaron, por supuesto, y en ellos encontraron diversión los patinadores. En Berlín el frío llegó á diez y ocho grados bajo cero, con lo cual dicho se está que en todas las poblaciones citadas y en otras muchas más, los pobres, sobre todo las familias que ocultan su pobreza, han tenido que soportar graves padecimientos, que ha procurado aliviar, en cuanto le ha sido posible, la caridad cristiana, siempre inagotable y siempre dispuesta á socorrer al desvalido y al desgraciado.

\* \* \*

Con el frío fué también materia de conversación, por haber casi coincidido con él, la vista de la causa seguida en París al anarquista Vaillant, que arrojó la bomba, como saben nuestros lectores, en la Cámara francesa. Temíase que flaqueara el jurado en el instante de pronunciar su veredicto, mas no ha sucedido para honra del género humano. El jurado declaró que el acusado era reo de asesinato sin circunstancia alguna atenuante, por lo cual se le impuso la pena de muerte, siendo luego trasladado á la prisión de la Roquette, adonde se lleva á los criminales que han de expiar sus crímenes en la guillotina. Confiaba Vaillant, sin duda, en que salvaría la vida por haber dado la circunstancia de que el infernal artificio no hubiese producido la muerte á ninguna de las personas á quienes alcanzó, y por haber dicho además que su propósito no era matar sino atemorizar. No le valió nada de

esto. Lo horrendo del delito trajo como consecuencia la petición del fiscal, el veredicto del jurado y la condena de que hemos hablado. Vaillant, en el momento de la vista, siguiendo el sistema de *poser*, á que son tan aficionados los anarquistas, leyó un escrito ampuloso, en que iban revueltas todas las ideas revolucionarias, para dar á entender que el anarquismo era sólo una evolución social. ¡Triste evolución la que apela á medios tan indignos y tan salvajes como los usados por los anarquistas! ¡Frutos de sangre y de desolación habría de dar exclusivamente un cambio que ha de cimentarse sobre los cadáveres de víctimas inocentes! Por fortuna el fallo del jurado de París revela que allí la sociedad se encuentra convencida de que se halla en el caso de defenderse á todo trance, haciendo desaparecer de ella á los malvados que quieren destruirla.

\* \* \*

Hablábamos hace pocos días de la triste situación á que por causa de los atentados anarquistas se hallaban reducidas muchas familias. Este mal alcanza hasta á poblaciones en donde no ha ocurrido ninguno de aquellos actos criminales. Tal pasa, por ejemplo, en Madrid, donde todos los teatros arrastran una vida triste por el retraimiento de una parte del público, en especial de las señoras. El Teatro Real, tan brillante y concurrido en años anteriores, pasa en el actual por una crisis de tal magnitud, que hace ya necesario el auxilio del gobierno, á fin de que no se vea forzado á cerrar sus puertas. El ministro de Estado se halla estudiando ya con qué forma se podrá acudir en ayuda del citado teatro, que está subvencionado por el presupuesto general del Estado. En la misma ciudad de París, á pesar de la masa flotante de extranjeros, los teatros se encuentran en apuros para ir adelante, cosa que calla la prensa más leída á fin de no contribuir á la desanimación. La Ópera no da con espectáculo que procure grandes entradas y sólo le faltaba el incendio de su almacén de decoraciones, con el que se perdieron las de treinta y pico de partituras, para colocarla en trance todavía más apurado y del que no saldría adelante si no acudiese también á ampararle el Estado por medio del ministro de las Bellas Artes. Todo esto, en suma, representa, como otra vez lo dijimos, mucho trabajo que deja de llevarse á cabo en las pequeñas industrias, y por lo mismo muchísimas personas que no pueden contar con el ingreso que aquel trabajo les procuraba.

\* \* \*

Siguen en Sicilia las escenas de tumulto, y de desesperación diríamos también, promovidas por los *fasci*. Cada día aparece con mayor evidencia la dolorosa situación en que se encuentran allí los labradores, que no tienen ni siquiera pan con qué saciar el hambre. Es preciso dominar el movimiento, pero se hace necesario, asimismo, estudiar el modo de mejorar la condición de aquellas pobres gentes, que ni siquiera trabajando pueden asegurar su sustento. Los periódicos juiciosos hacen notar cada día la singular coincidencia de que haya de ser el revolucionario Crispi quien meta en cintura á los sicilianos. «¿Quién hubiera creído treinta años atrás — dice un periódico suizo — digamos seis meses atrás, que en el último período de su vida política, el señor Crispi apareciera como un riguroso defensor del gobierno, como un fogoso reaccionario, como dicen sus enemigos, proclamando el estado de sitio, suprimiendo asociaciones obreras, encarcelando á sus jefes y llenando la Sicilia, su muy

querida isla, de gendarmes y de soldados? Si las últimas noticias son exactas, Sicilia no tardará en quedar ocupada por treinta y seis mil hombres y el orden imperará en ella... como en todos los países en que ha sido menester luchar con una revolución.» Esto hacen siempre los demagogos. Predicar en la oposición contra la fuerza y contra el orden, y emplear la fuerza y querer el orden cuando se encuentran en el poder, por instinto de conservación siquiera. Y aun en la represión suelen ser siempre los más déspotas y los más sanguinarios.

\* \* \*

Rebelión interminable es la del Brasil, según lo hemos hecho notar varias veces. En los últimos días circuló la voz de que el presidente Peixoto había presentado la dimisión y así lo anunció el telégrafo; mas luego se desmintió la noticia, asegurándose al revés, que aquel general se mantenía firme en su puesto y añadiéndose que la insurrección iba de capa caída. Esto es ni más ni menos que el doble juego de telegramas que se cruzan, es decir, los que proceden de Peixoto y los que vienen de Custodio de Mello. Idéntica oscuridad reina en cuanto toca á los intentos de los sublevados, pues mientras en unas ocasiones se afirma que van á la restauración monárquica resueltamente, en otras se dice que la solución se dejará á la voluntad del pueblo. Es cierto que con esto no se niega tampoco la restauración, ya que es un hecho cierto que la opinión pública en el Brasil la quiere y quiere sacudirse el régimen republicano que tantos daños y sinsabores le ha traído.

\* \* \*

Una carta llena de los más nobles y elevados sentimientos ha dirigido S. M. la Reina Regente á los Prelados españoles en contestación al Mensaje que le enviaron desde Valencia y de que hablamos á su tiempo. He ahí algunos párrafos de la carta, que descubren la alteza y magnanimidad de miras de nuestra augusta soberana:

«No es, ciertamente, á mí sola á quien Dios encomienda la dirección de los destinos de esta Nación gloriosa y amada; pero en cuanto á mí corresponde, y en la parte que la Providencia se ha servido confiarme desde la muerte de mi inolvidable esposo el Rey don Alfonso XII, tener la seguridad de que he de pensar siempre en los intereses de la Religión, única capaz de guiar los espíritus y de sostener en las conciencias el sentimiento del deber, manteniendo la paz entre las clases sociales y haciendo á todos sobrellevar sin amargura las penalidades de la vida.

»Estos sentimientos alborean ya, y arraigarán más cada día, si Dios me ayuda, en el corazón del Rey Alfonso XIII, cuya educación comparte, con los cuidados del Estado, toda mi vida, y en cuya misión espero justificar ante la Historia las palabras que con tanta bondad os serví dirigirme, asegurándome que me he hecho acreedora á la veneración y al amor de todas las personas honradas.

»En esta compleja tarea no olvidaré tampoco nunca los intereses del Vicario de Jesucristo en la tierra, á quien si los respetos y cariños del país no me obligasen á considerar profundamente, todavía habría de hacerlo por la gratitud que le tengo y por el lazo espiritual que le une con el Rey mi hijo.

»Bien hacéis, señores Prelados, y profundamente os lo agradezco, en recordar al pueblo español el principio de autoridad, más necesario cuanto más libre é ilustrado es un pueblo, y que seguramente no tiene más firme apoyo que los sentimientos religiosos y el influjo de las virtudes

cristianas. Insistid en esa santa predicación mientras yo cuido de fortalecerla ejerciéndola con imparcialidad y con justicia.»

B.

## Núñez de Arce



Caseo raro que un artista, desconociendo el impulso de su vocación, la tuerza ó la deje inactiva, empeñándose en labor tan fatigosa como es luchar contra lo instintivo, contra lo que espontáneamente brota de la naturaleza. Tal cuentan que pasó á Malebranche y á La Fontaine con sus talentos para la investigación y la poesía, respectivamente, hasta que el despertador de una circunstancia feliz los vino á descubrir á sus poseedores y al mundo todo.

No sé si podrá decirse lo mismo del gran poeta de los *Gritos del combate*, *La última lamentación de lord Byron*, *El vértigo* y *La Pesca*. Veinte años estuvo repesada aquella corriente impetuosa, que en muchos menos ha recorrido tanto, siempre con la misma pujanza, con el mismo insuperable éxito; y, lo que más asombra, esos veinte años no lo fueron de estacionamiento, sino de gran actividad en otros ramos de literatura, para los cuales eran evidentemente menores sus fuerzas y menos apta su condición.

El ardiente polemista de *La Iberia*, el autor dramático que produjo *Deudas de la honra*, *Justicia providencial* y *El haz de leña*, sólo había ensayado su numen fuera de las tablas, en diálogos jocosos de un pesimismo negro y desalentado á la manera de Leopardi, diálogos de ultratumba que compendian, exagerándolas, las miserias de la vida humana, y tienden á probarnos la superioridad de los irracionales sobre el hombre por la mayor suma de una felicidad antitética é imposible. Hizo bien Núñez de Arce en no mezclar esas rapsodias con los *Gritos del combate*; y aun la que por vía de muestra introdujo allí, con ser menos extravagante que otras, como la *La desgracia y la ventura*, todavía desdice no poco y ocupa un lugar innecesario.

No fueron, ni la brisa leve de los primeros amores, ni el apacible viento de la inspiración religiosa, los que agitaron las recias y vibrantes cuerdas de esta poderosa lira; sino el impetuoso simoún de la revolución, las discusiones acaloradas del libro, las tempestades del Parlamento, las luchas políticas y las ambiciones desbordadas, el rumor siniestro de la blasfemia, los charcos de sangre, la marejada de las iras populares, que abortó juntos el período más nefasto de nuestra historia moderna. Tuvo Núñez de Arce notas de júbilo para las grandes acciones, pero muy contadas en relación con los anatemas que le arrancaba el espectáculo de decadencia universal, de fraudulentos agios, de desvergüenzas é infamias encubiertas con el harapos y desgarrado manto de la libertad. Tan adecuadamente como de Quevedo, puede decirse de Núñez de Arce:

Fué su sangrienta sátira cauterio  
que aplicó sollozando al patrio imperio  
miserero, gangrenado y moribundo.

Él presagió en 1866, dos años antes de que estallara la revolución de Septiembre, su vergonzosa esterilidad para

todo lo bueno, nacida, no de una causa artificial, pasajera y extraña, sino de estar corrompida su raíz, de ser aquélla la explosión de insaciadas venganzas y bizantinas rivalidades; él advirtió á tiempo que la libertad no nace de un cambio en las formas políticas, mucho menos si basada en optimismos ideológicos, se opone al modo de ser, á los sentimientos y tradiciones seculares de la nación en que se ensaya. Pasaron dos años, y sin advertir con el gran poeta

que cuando un pueblo la virtud olvida  
lleva en sus propios vicios su tirano,

forjaron los descontentos aquella tragicomedia con su lúgubre cortejo de maldiciones y de ruinas; y viendo Núñez de Arce tristemente confirmados por la realidad sus vaticinios, convirtió en látigo las cuerdas de su lira, flagelando sin piedad á la revolución cuando cruzaba las calles coronada de flores y en la embriaguez de sus apetecidos triunfos.

Al entonar el fúnebre elogio de Ríos y Rosas, el tribuno fogoso, el revolucionario unionista é inconsecuente, pero de indomable pecho y de cierta honradez simpática que pocos poseyeron ni en su partido ni en los demás de la coalición; al contemplar cómo dormía el varón fuerte cuando declinaba *el sol de la patria*, midió los límites del abismo á cuyo borde se encontraba aquella sociedad, víctima de sus propios excesos.

La revolución avanzaba como la marea; el descoco rompió al fin la máscara de la hipocresía, y entonces el poeta, en alas de su generosa indignación, la maldijo en esas *Estrofas*, candentes como el fuego, agudas como puñal de dos filos, rumorosas y potentes como las olas del Océano. La osadía de Juvenal, la sátira de Quevedo, la viril entonación de Quintana y la inimitable sobriedad de Dante se dieron la mano para producirlas, y así salieron ellas, preñadas de ideas, respirando iras y sarcasmos, presentando la verdad al desnudo y sin reticencias. La lengua castellana parece ufanarse en sí misma en tales manos, y nadie encarecerá bastante «aquella rotundidad como de ariete,» según la define un crítico insigne, aquel andar á un tiempo desembarazado y solemne, aquella cadencia casi musical de puro numerosa. Habla el poeta de la revolución, y dice:

No es la revolución raudal de plata  
que fertiliza la extendida vega;  
es sorda inundación que se desata;  
no es viva luz que se difunde grata,  
sino confuso resplandor que ciega  
y tormentoso vértigo que mata.

Habla de la libertad, de aquella blanca virgen que columbró en sueños, *fuelle de perenne gloria y ángel vengador* que castiga á los tiranos con la historia como con *hierro enrojecido*, y al ver su imagen arrastrada por el populacho y sumida en los más inmundos lodazales, exclama con indignación:

..... mas ¿qué digo?...  
No eres la libertad; disfraces fuera;  
licencia desgreñada, vil ramera  
del motín, te conozco y te maldigo.

Todo es grandioso en este monumento de la poesía castellana; la cuerda de la inspiración, siempre flexible y altisonante, ora produce vibraciones suaves, ora estalla en violento chasquido, y parece romperse cuando al punto torna á su natural y prístino estado.

Bien pueden considerarse las *Estrofas* como el canto más inspirado entre los que Núñez de Arce dedicó á la

revolución española. De ellos, y fuera de los enumerados, merece honrosa, aunque no principal mención, el que lleva por título *A Emilio Castelar*, cuadro donde se reflejan los últimos sucesos de aquella sangrienta historia: la barbarie cantonalista y el período de insurrección anárquica, al que había de suceder, como lógico desenvolvimiento, una dictadura militar irresponsable y efímera.

Pero apartemos los ojos de esa cenagosa charca, porque

nunca la ruin bajeza ha merecido  
censura eterna, sino eterno olvido;

busquemos algo de más significación en el seno mismo de la demagogia, que si no merecen atención sus desenfrenos, la piden forzosamente sus racionios. No cabe exhibirlos más de bulto que en el diálogo *Paris*, donde mutuamente se recriminan un *burgués* de los que nada ven sino por el prisma de su epicúreo utilitarismo, que piensan detener á la hiena revolucionaria con espadas, cañones y gendarmes y se entregan al sueño de la indolencia sobre el cráter de un volcán; y un *demagogo* de los que no se contentan con fórmulas vacías y altisonantes, de los que buscan la consecuencia con el principio, y, abrazados al absurdo, no lo abandonan con tímida irresolución. Quizá desentona un poco en este diálogo la sequedad de racionio; pero al lado de la precisión silogística hierve la lava de la pasión, que revienta elocuentísima, salvaje, sublimemente feroz, en la arenga imprecatoria del demagogo contra la metrópoli del vicio bañada por las aguas del Sena. Nunca se demostró tan bien cómo las blancas alas de la Poesía pueden, á la manera del Sol, penetrar en el infecto esterquilinio, abriantando su pureza en vez de mancharla con inmundicias. Si suenan allí vehementes los gritos de la discusión, no es para ahogar el aliento del poeta convirtiéndole en declamador vulgar, sino para levantarle sobre sí mismo, haciendo que el numen poético, la imagen delicada y el verso fácil sirvan de riquísima vestimenta á un pensamiento digno de ella por sus colosales proporciones.

Con esta poesía nervuda, épica y escultural ha hermanado Núñez de Arce otra de muy diferente naturaleza: la poesía íntima y psicológica de *Tristezas* y la *Epístola sobre La duda*. *Tristezas* es un poema de dolor y de ternura, donde surgen como por evocación de un mago los recuerdos de la infancia, los vidrios transparentes y la filigrana de las catedrales góticas, la calma y la oscuridad del templo sagrado, la oración que sube á los cielos como una *virgen sin mancha*; todo contrastando con las vacilaciones y angustias de un corazón agostado por el escepticismo, sin esperanzas y sin fe, que siente *oscuro y desolado* un cielo antes lleno para él de *fulgores y armonías*. Apenas cabe leer con ojos enjutos esa confusión sentida, ardiente y dolorosa, donde tantas otras se adivinan, donde aparecen en su repugnante desnudez el indiferentismo religioso y la falta de ideales fijos y elevados, como úlcera gangrenosa que corroe el corazón de nuestra sociedad. Lo mismo pasa con la *Epístola*, en que se juntan con la queja individual y propia del poeta las que le inspira el espectáculo de tantas otras víctimas de esa *duda*, que él asemeja, ya á las tumultuosas y embravecidas aguas de una inundación, ya al reptil cuyo diente se clava en lo más hondo de las entrañas.

Velando su pensamiento en la alegoría, quiso trazar en *Raimundo Lulio* la misma historia que tal influencia tiene sobre Núñez de Arce, acaso por haberla leído muchas veces en el fondo de su ser; la manzana tentadora de

la ciencia, arrebatando al hombre hacia sí y dándole á gustar luego las heces del desengaño. Sin embargo de lo cual, y de que el poeta explica á su modo, en una introducción, el sentido íntimo del poema, pocos lectores habrán dejado de olvidar la advertencia á las pocas líneas, pues la pasión tan verdadera y tan humana de aquel desventurado mancebo no permite reparar en sutilezas extrañas al asunto. Ni éste los necesita tampoco para que muchos episodios, como el de la entrada en el templo, la carta de la doncella y el desencanto pavoroso de Raimundo Lulio, rivalicen en invención, en poesía y en el arte secretísimo de decir poco para hacer adivinar mucho, con los mejores de la *Divina Comedia*. Núñez de Arce ha sabido hacer de la leyenda que tantas veces recordaron nuestros ascéticos, un poema inmortal, quizá lo mejor que él ha producido nunca, como quiere el señor Menéndez Pelayo, dado que en esto de preferencias, y sin salirnos del caso actual, entran por mucho las aficiones individuales de cada crítico.

Sin embargo, al aparecer los *Gritos del combate*, fué tan unánime el aplauso, fueron tan escasas y por lo común tan ajenas al arte las censuras, que puede considerarse éste por uno de los triunfos más gloriosos é indiscutibles de nuestra historia literaria. De tales censuras dos son las más repetidas, y una sola de ellas con fundamento, á más de que la otra fué prevenida y ampliamente contestada por el autor en el nervioso prefacio que encabeza los *Gritos del combate*. Dícese que una poesía tan sierva de la realidad, tan empeñada en corregir y amonestar, resulta empalagosa, y que, como al cabo no dejan de ser razones las de Núñez de Arce porque anden cubiertas por el deslumbrador ropaje del verso, todas ellas vienen á enseñar, después de muchos rodeos, lo que enseña en pocas palabras un libro científico. Esto manifiesta una ignorancia crasísima sobre las nociones más elementales del arte. ¿Quién no ve que con ese criterio se destruyen por su base todos los géneros de poesía, ya que las *Mesenias*, de Tirteo, y las *Sátiras*, de Juvenal, y la *Divina Comedia*, y los cánticos de fray Luis de León ó San Juan de la Cruz, y las odas patrióticas de Quintana, y todos los versos, en fin, que afirman algo y á algo tienden (sin exceptuar siquiera los pastoriles y amorios), pudieran reducirse á humilde prosa sin perder un átomo de su fondo, ni cosa alguna que no sea la forma artística? Al poeta no le toca tanto convencer como persuadir, ni hablar sólo al entendimiento, sino al corazón; su lenguaje debe ser el lenguaje del entusiasmo sin dejar de ser el de la verdad.

Y con esta adición doy á entender que si no le niego ninguno de sus privilegios, si reconozco que no es suyo el terreno de la investigación científica, no le considero, sin embargo, libre para estampar todos los desatinos y licencias que se le antojen. Tengo por absurda la irresponsabilidad, como de reyes constitucionales, que Heine otorgaba á los hijos de Apolo; y por eso, en medio del deleite con que me embriagan los *Gritos del combate*, no puedo menos de reconocer las enormísimas inconsecuencias en que á cada paso incurre el poeta, tales como el deplorar las impiedades y horrores de la revolución, al mismo tiempo que bendice sus principios, sus hombres y su bandera; el sacar á la vergüenza los excesos de hoy, considerando otros análogos y de fecha muy reciente como conquista de la civilización; el llamar libertad degenerada y ramera del motín á la libertad revolucionaria, y entonarle á esa misma con otros nombres ditirambos pomposos y magníficos. Inconsecuencias todas que afean los cantos de Núñez de Arce, hablando más en pro de su

corazón, y de la rectitud de sus miras y carácter, que de la estabilidad y buena dirección de sus ideas.

Numen tan abundante y robusto no había de contentarse con sólo un tono, aunque tan rica y espléndidamente variado como en los *Gritos del combate*; así que en pos de ellos y del *Raimundo Lulio* apareció un poema de menores dimensiones que éste y de carácter casi contrario; un *Idilio*, no á la manera de Teócrito y Longo, antes bien libre de sus mórbidas y provocantes desnudeces, ni menos almibarado como los del pseudo clasicismo con las ñoñeces bucólicas de marras, sino verdaderamente campestre y conmovedor, perteneciente á la familia de *Hermann* y *Dorotea*, de *Evangelina* y de *Mireya*, como ha dicho Menéndez y Pelayo. Ciertamente que no alcanza ni el perfil clásico del poema alemán, ni el interés del norteamericano, ni la sencillez casi homérica que imprimió en el suyo el príncipe de los modernos trovadores provenzales; pero de los tres participa algo, y es sobre todo un ensayo feliz de poesía realista en el buen sentido de la palabra, ensayo que tiende á introducir en el vocabulario poético algo del que emplean los labradores de Castilla, según expresión del insigne crítico mencionado.

Otra cosa es la *Elegía* á la muerte de Alejandro Herculano, el austero é intencionado narrador de las tradiciones portuguesas, y cuyo carácter tanta semejanza tenía con el de Núñez de Arce. Amigo el poeta de la revolución ni más ni menos que su héroe, sublima en él las virtudes cívicas, la espartana é indomable entereza, y va evocando, al par de sus hechos propios, los de los personajes á que dió vida su imaginación desde el sacerdote Eurico hasta el arquitecto ciego de *La bóveda*. Hay en la *Elegía* algo del arranque varonil que nos suspende en los *Gritos*, pero es más sobria la forma, como conviene al clásico terceto, sin dejar de ser nítida y transparente. El final encierra una aspiración hacia la unidad de esos dos pueblos que nacieron para ser uno, que acaricia el sol con el mismo beso, y que tienen una sola bandera y una misma historia.

En *La última lamentación de lord Byron* (1878) ensayó Núñez de Arce la epopeya, tal como á su juicio debe entenderse en las modernas literaturas. Así prefirió la queja íntima y amarga, la indecisión angustiosa, las luchas del espíritu, en fin, al choque violento de las armas, á las conquistas bélicas celebradas en otros días y precisamente fué á buscar un personaje maravillosamente apto para el intento: poeta, soldado y aventurero, encarnación perfecta de su siglo. Ciertamente que para engrandecer á su héroe hubo de mutilarle, cerrando voluntariamente los ojos á tantas torpezas morales como afean la vida de lord Byron, fijándolos sólo en sus desventuras, que forzosamente habían de hacerle simpático, y en su entusiasmo por la libertad de Grecia, condensado en aquel hermoso rasgo final:

..... Grecia me espera;  
doblo ante su infortunio la rodilla,  
y mientras lllore opresa y desolada,  
lira, déjame en paz, venga una espada!

Cuanto á la parte descriptiva pocas veces rayó tan alto Núñez de Arce como en los versos que le inspiran el recuerdo de las glorias helénicas, y más aún los denodados é infelicitísimos esfuerzos de las ciudades sometidas á la tiranía turca por reconquistar su independencia; la trágica muerte de los suliotas y el arrojamiento de aquellas madres digno de Sagunto y de Numancia; toda la espantosa *danza de la muerte*, en que siempre se conserva el poeta á la altura del asunto.

Otras veces, antes de entrar en este episodio, decae la

inspiración, y hay series de octavas de lento andar y trabajosa factura, sin lazo que las una entre sí y forjadas como al acaso; cosas todas tanto más de extrañar en Núñez de Arce cuanto menos frecuentes, atendiendo á lo connatural que le es el lenguaje poético.

Algo parecido debe decirse de *La selva oscura* (1879) en algunos pasajes, aunque bien puede atribuirse aquí á las exigencias del terceto ó á la vaguedad propia de las alegorías. ¿Quién sabe si instintiva ó intencionadamente, quiso el imitador de Dante reproducir en un idioma ya formado, rico de dicciones, rotundo y armonioso, las asperezas que se notan en el modelo, procedentes de él en parte, y en parte de no haber tenido apenas predecesores en el manejo de aquel toscano tan melifluido en las estrofas de Tasso y el Petrarca? Sea como fuere, Núñez de Arce ha introducido entre nosotros el terceto dantesco, lo mismo en *La selva oscura* que en *Raimundo Lulio*, empresa difícil por la misma exuberancia pomposa de nuestra lengua. Con la forma del maestro se asimiló su extraño y doctrinal simbolismo; y como Dante buscó á Virgilio para que le condujera por las tenebrosas regiones creadas por su fantasía, así buscó á Dante su imitador, y puso en su boca palabras que él no hubiera desdeñado. Arrebatóle la inmaculada figura de Beatriz, sin hacerle perder uno solo de los rayos que coronan su frente en el *Paradiso*, y personificó en ella todo lo sublime, todo lo que en medio de los afanes de esta vida nos hace recordar otra mejor.

Núñez de Arce, que á pesar de ciertas ideas ha defendido siempre con calor la causa del espiritualismo, y que con tan varonil elocuencia denuncia repetidas veces la falta de caracteres, la anemia moral y el desfallecimiento egoísta que nos consume, ha intentado ponerles un dique en sus versos, y á este propósito obedece *La selva oscura*. En otras composiciones se había contentado con flagelar el vicio; aquí nos muestra de lleno lo que él estima su antídoto. Beatriz es el amor purísimo y la esperanza indefectible, y la luz amorosa que conduce á los extraviados, y el aliento que fortifica á los débiles; es el ideal de la virtud y su recompensa, el estímulo engendrador de los altos pensamientos y las acciones heroicas, ideal hermoso y deslumbrador en sí, pero infecundo y deficiente, como no influido por la savia de la fe cristiana.

Es tal la afición de Núñez de Arce á la poesía docente, que la entreveró hasta en el género más refractario, en la leyenda. De todas esas grandes verdades que forman, digámoslo así, el patrimonio de la humanidad, y que él tanto preconiza, es perenne demostración el acento de la conciencia, que nunca muere aunque se mitigue, ni cesa de amonestar al hombre en medio de sus criminales extravíos. Parece la personificación de ellos *Juan de Tabares*, la figura más culminante de *El Vértigo* (1879): hermano cruel y sin entrañas, déspota ceñudo que sólo goza con el clamor de las víctimas que encierran sus calabozos, sin otro móvil que el odio rencoroso y brutal y sin otra satisfacción que el exterminio y la sangre. Perseguidor fiero de su hermano don Luis, no le ablandan quejas ni súplicas, ni siquiera la memoria

de aquellas noches de invierno  
en que, al amparo de Dios,  
juntos oraban los dos  
en el regazo materno.

El verdugo necesita saciar su cólera; insulta y hostiga al inocente, cuyos pesares envidia, y, nuevo Caín, le hiere sin piedad, pensando que ha de quedar tranquilo con evadir la vindicta de la justicia humana. Pero el crimen convertido en implacable y tenaz remordimiento, des-

garra el corazón de Juan de Tabares, y como sangriento fantasma vaga en torno suyo haciéndole huir de los hombres y de sí mismo, porque donde quiera que va le siguen

los ojos del nuevo Abel  
de eterna sombra cubiertos;  
siempre fijos, siempre abiertos,  
siempre clavados en él.

El fratricida se derrumba en un precipicio al impulso de esa conciencia, á cuyo cargo puso Dios el resarcimiento de todas las injusticias y la recompensa de todas las virtudes, haciéndola á un mismo tiempo

delator, juez y verdugo.

Concepto altísimo que realzan insuperables primores de forma; pues las décimas de *El Vértigo* son las columnas de Hércules de la versificación por su espontaneidad y tersura, por su cadencia rítmica y por la combinación de palabras, frases y períodos, siempre variada, halagüeña y perfectísima.

Dueño de la rima y de sus secretos, no quiso el gran poeta convertirse en esclavo suyo: y así, para dar una prueba más de lo flexibles que son sus aptitudes, cultivó, después del costoso terceto, de la sonora octava real y la artificiosa décima, el verso suelto, entronizado en España por el clasicismo intransigente, anticuado por la invasión romántica y vuelto al esplendor de sus mejores días por Núñez de Arce, que desafió esta vez las iras de muchos encomiadores suyos cerrando los oídos á porfiadas censuras.

No fueron pocas las que por esta causa excitó *La visión de Fr. Martín* (1880), maravilla de colorido y análisis psicológico, aunque no los acompañe, como sería de desear, la fidelidad histórica. ¿Quién duda que Núñez de Arce ha forjado un Lutero á imagen y semejanza propia, desgarrado por el torcedor de la duda, no en el sentido genérico que conviene á todas las épocas, sino en el que caracteriza á las llamadas de transición, y muy especialmente al siglo actual? Los móviles que impulsaron á Lutero al proclamar su reforma no fueron los escrúpulos ni las vacilaciones interiores, sino el amor propio despechado, la insubordinación presuntuosa y la lujuria sin freno; ahí está la historia demostrándolo con irresistible elocuencia.

En lo que ha hecho bien Núñez de Arce, es en pintar la duda, no con faz hosca y sombría, sino con el halago propio de todas las tentaciones, y así resulta tan poético el ósculo frío que imprime la visión en el pálido y sudoroso rostro del fraile. La roca adonde le conduce, y el cuadro de naciones que en tropel hace desfilar ante su vista, son hijos de una fantasía creadora y gigante; pero guardan muy poco enlace con la acción del poema, y sólo sirven para embarazarla con inútiles, bien que no cansados episodios.

No significa mucho entre estas joyas *Hernán el Lobo*, pero sí *La Pesca* (1884), ensayo de poesía naturalista como el *Idilio*, pero de mayores proporciones y más feliz ejecución. Si está lo sumo del arte en declinar los extremos del idealismo caprichoso y de la imitación grosera, Núñez de Arce lo ha conseguido más en ésta que en ninguna de sus obras anteriores, porque allí la elevación del asunto y la nobleza de los personajes traían la inspiración de la mano; pero aquí el autor, caminando siempre al lado de la prosaica realidad, jamás se acerca á ella si no es para depurarla, convirtiéndola en poesía robusta, como árbol que crece al aire libre combatido por los huracanes; poesía que no tiene el perfume de las flores de jardín, sino que

transpira por todos cuatro costados el olor acre de la costa, y parece impregnada en los efluvios marinos y nacida entre el rumor de la marea y los bramidos de la tempestad.

¡Qué delicioso idilio no forma aquella enamorada pareja, tan ajena á las ambiciones y tan ufana de sí misma, con su franco cuchicheo, sus geniales y plácidas expansiones, realizado todo con la esperanza del chiquitín futuro á quien ya parecen ver, el padre luchando con las olas y la madre ofreciendo á Dios la hostia santa de los altares! ¡Qué simpatía despierta el honrado Miguel cuando sueña con el hatillo de príncipe que ha de traer su hijo, con la pesca rica y abundante que ha de darle su próxima excursión, y con la risueña perspectiva que ha de presentar pronto su doméstico Edén! El episodio del marinero á quien se ha muerto su hija, y que no tiene siquiera con qué darle sepultura, entenece tanto como el despreñamiento de Miguel, que consagra al socorro del afligido padre el trabajo de un día. El llanto que brota de tales corazones, y surca esos rostros curtidos por la intemperie y serenos ante la furia de los mares, semeja la oculta savia que fluye bajo la áspera corteza de un árbol.

Pero donde el poeta se excede á sí mismo es en la descripción de la tempestad: de aquella alternativa entre la esperanza y el desaliento; de aquella generosa resolución con que se lanza el ministro de Dios al abismo para salvar á los infelices náufragos; del esposo que siente latir su corazón con la proximidad de una dicha, tan fácil antes como ahora imposible, y de la esposa amante que, rígida, sin sentido y con los ojos abiertos como para absorber la inmensidad de las aguas, presencia aquel espectáculo desgarrador, tan diferente de los que hasta entonces recreaban su fantasía. Todo esto, escrito con el corazón más que con la pluma, es artístico porque es humano, sin que falte tampoco el colorido local, que apenas tiene semejante en nuestra literatura si no es en las *Escenas montaÑesas* y otros libros análogos de Pereda.

Después de *La Pesca* aparecieron algunas estancias del poema *Luzbel*, y completo el que se titula *Maruja* (1886), episodio vulgar del que acertó á extraer Núñez de Arce raudales de poesía familiar y casera, haciendo vibrar la nota regocijada con leves matices patéticos, lo mismo que en otras ocasiones había interpretado los grandes sentimientos colectivos en la tonante bocina de las batallas.

¿A qué causa obedece el silencio prolongado con que Núñez de Arce mortifica á sus adoradores? Sin tratar de investigarlo, haré constar, de nuevo y por remate de este capítulo, mi admiración sincera hacia el estupendo versificador y el lírico que subyuga cuando no convence, y mi protesta contra los vapores de heterodoxia que empañan la transparencia y el brillo de sus honradas, pero deficientes, convicciones espiritualistas.

P. F. BLANCO GARCÍA.

## Mi álbum

### LA TALA EN EL CAMPO

Una rama ya marchita,  
una rama ya sin hojas  
que ofreció al hombre en estío  
música, frescura y sombra,  
ayer al golpe del hacha,  
medio muerta y medio rota,

clamaba así, lloro echando  
de su corteza rugosa:

—Compañeras de ramaje,  
que sois del bosque corona,  
no las sanas y robustas,  
sí las secas y viciosas  
las que, como yo, bebéis  
jugo de otra rama hermosa,  
y no tenéis propia vida,  
propio espacio y tierra propia;  
las que en la selva impedisteis  
que otras alzarán su pompa  
y crecisteis como crece  
el pecado en alma odiosa;  
entonad conmigo á coro  
la confesión dolorosa,  
y decid al hacha airada:  
«¡Yo pequé, misericordia!  
yo pequé porque la muerte  
dí á un rosál lleno de aroma,  
quitando sol á sus ramas  
y dándole, en cambio, sombra;  
yo pequé porque en la urdimbre  
de mi raíz codiciosa  
estrangulé otras raíces  
y dí la muerte á sus hojas.  
Pequé, porque de los pájaros  
que hicieron nido en mi copa,  
no resguardé de los vientos  
á la cuna misteriosa;  
pequé, porque dí en mi tronco  
asilo á las aves torvas,  
y á las culebras malditas,  
y á las víboras traidoras.  
¡Mucho he pecado, Dios mío,  
tened, tened vuestra cólera!  
¡hacha que rompes mis fibras,  
yo pequé, misericordia!»

\* \* \*

El hacha, dura justicia,  
inexorable destroza,  
y contra el tronco sensible  
bate airada y vibra sorda:  
á su golpe dan en tierra  
troncos, tallos, ramas, hojas,  
y libre de árboles viles  
queda la selva espaciosa.

\* \* \*

Como la poda entre pinos  
hayas, encinas y robles,  
viniera bien á las veces  
una tala entre los hombres.  
Y esgrimiendo la justicia  
debiera abatir su golpe,  
tantos cuerpos corrompidos,  
y tantas almas innobles.

### COPLAS

Es tu llanto tan divino,  
que para que al suelo caiga,  
le ponen escalas de oro  
tus rubicundas pestañas.

Olor, matiz y sonido  
fuera de muy buena gana  
para entrar en tu persona  
por las puertas de tu cara.

Es tu cara mi universo,  
y si me pongo á mirarla,  
dentro de cada pupila  
miro una noche estrellada.



¡AHORA DUERME!

CUADRO DE R. HOHENBERG



# LA VELADA

---

SEMENARIO ILUSTRADO

REDACTADO

POR DISTINGUIDOS LITERATOS ESPAÑOLES

É ILUSTRADO POR REPUTADOS ARTISTAS

NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO II. — AÑO II

BARCELONA

—  
ESPASA Y COMPAÑÍA, EDITORES

221, CALLE DE LAS CORTES, 223

1893

# ÍNDICE LITERARIO

- Crónica, por B., todos los números.
- SILUETAS MODERNAS: Don Miguel de los Santos Álvarez, por Eduardo Zamora Caballero, 3.
- El velo (de las *Orientales* de Victor Hugo) (poesía), por Adolfo de la Fuente, 6.
- La triple nueva, por José Fellu y Codina, 6.
- Nuestros grabados, todos los números.
- Las ardillas, por G. Labadie-Lagrave (ilustración de E. Gimeno), 11.
- Mesa revuelta, todos los números.
- Recreos instructivos, por Julián, todos los números.
- SILUETAS MODERNAS: Roque Barcia, por Eduardo Zamora Caballero, 19.
- Últimas abjuraciones (poesía), por Ramón de Campoamor, 21.
- Antonchu y Marichu, por Teodoro Baró, 21.
- Cuentecillos, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 28.
- Polvos y lodos, por el P. Luis Coloma, 35 y 51.
- ¿Quién es ella? (poesía), por Manuel Bretón de los Herreros, 42.
- Plantas y flores, por E. N., 42 y 58.
- Romance satírico (poesía), por Francisco de Quevedo, 55.
- El sastre avisado, traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de Josef Jacobs, por José Coroleu, 55.
- Noiraud, por Ludovico Halévy, 68.
- Ande yo caliente (poesía), por Luis de Góngora, 71.
- Sonetos, por Francisco de Quevedo, 71.
- Manila y sus alrededores, por el doctor Samuel Kneeland, traducido del inglés por J. Coroleu, 72 y 90.
- El maestro de hacer cucharas, por Antonio de Trueba, 83.
- Libre de servicio, por Julio Moinaux (ilustraciones de J. Pellicer Montseny), 100.
- La bella Margarita (balada inglesa), 103.
- Los pigmeos de la grande selva africana, estudio publicado en la revista norteamericana *Scribner's Magazine*, en el mes de Enero de 1891, por Enrique M. Stanley, 103, 119 y 154.
- El modelo y la imitación, por C. Suárez Bravo, 115 y 147.
- El conde Arnaldos (poesía), del Cancionero general, 118.
- SILUETAS MODERNAS: Zorrilla, por Eduardo Zamora Caballero, 131.
- A buen juez mejor testigo, tradición de Toledo (poesía), por José Zorrilla (ilustraciones de Apeles Mestres), 138.
- Un diputado modelo (poesía), por J. Federico Muntadas, 154.
- BELLAS ARTES: Música sacra: Stabat de Rossini, por Pablo Piferrer, 163, 183 y 203.
- Coplas de Jorge Manrique á la muerte de su padre, el maestre don Rodrigo, 167 y 182.
- Un prospecto del día, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 170.
- El específico, por Jose Fellu y Codina, 179.
- El Miserere, por Gustavo A. Becquer, 195.
- Los siglos ante Jesucristo (visión), por Tomás Aguiló, 199.
- Reservado para señoras, por Pablo de Garros, 211.
- La cascada y la campana, facsímil de una poesía de Pablo Piferrer, 214.
- Las grandes selvas californianas, por John Muir, de *The Century Magazine*, traducido por J. Coroleu, 218, 231, 247, 263, 283, 298 y 315.
- La Torre de Garraf (episodio histórico), por M. Llopis y Bofill, 227.
- Canaris (de las *Orientales* de Victor Hugo), por Adolfo de la Fuente, 230.
- Los pastelillos, por Alfonso Daudet, 243.
- Romance, por Francisco de Quevedo, 244.
- El juguete regenerador, por Anatole France, 245.
- El vizconde de Assenede, por Félix de Breux, 259.
- A una golondrina (poesía), por José Joaquín Ortiz, 261.
- SILUETAS MODERNAS: Carolina Civili, por Eduardo Zamora Caballero, 275.
- La caridad y la gratitud (poesía), por José Selgas, 277.
- El mantón de Manila, por José Fellu y Codina, 278.
- El caballero de Frileuse (estilo siglo XVIII), por Emilio Bergerat, 291.
- La ofrenda de un anillo (poesía), traducido de las *Palabras sinceras* de Copée, por Adolfo de la Fuente, 294.
- Colección zoológica del Parque de Barcelona, por M. Mir y Navarro (ilustraciones de E. Gimeno), 294, 310, 326, 359 y 378.
- La visión de Dody, por L. Denuit, 307.
- Candor infantil, por Ixe, 308.
- Demostración elocuente (imitación de Carlos Carafa di Noja) (poesía), por Francisco Díaz Plaza, 314.
- RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO: Los profetas de la Revolución, por Emilia Pardo Bezá, 323.
- La traca, espectáculo valenciano (poesía), por Salvador Rueda, 325.
- Veinte payasadas, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 330.
- SILUETAS MODERNAS: Bretón de los Herreros, por Eduardo Zamora Caballero, 339.
- Oda cristiana, por Santa Teresa de Jesús, y Oda pagana, por Safo (ilustraciones de Apeles Mestres), 340 y 341.
- A la Primavera (poesía), por José Selgas, 346.
- Profesiones honoríficas, por Eduardo de Palacio, 347.
- Captación, por J. H. Rosny, 355.
- El Tequendama (poesía), por José Joaquín Ortiz, de Colombia, 357.
- El círculo del *Padre Cobos*, por C. Suárez Bravo, 358.
- Consolita, por Eduardo de Palacio, 371.
- «Dichosos los que mueren en el Señor» (poesía), por J. Federico Muntadas, 374.
- El sol en la casa, novela por Mauricio de Reichenbach, 374 y 391.
- El Monasterio de Santa María de Ripoll, por F. Miquel y Badía, 387.
- La modestia (poesía), por José Selgas, 388.
- Pobre pescador, por Camilo Lemonnier, 389.
- Dos escultores rivales, por Clara Klein, traducido del inglés de *The Sketch*, 403.
- Las alabanzas (poesía), de J. Autran, traducida del francés por Adolfo de la Fuente, 406.
- La leyenda de Azenor, por A. M., 406.
- VIAJE Á LAS BALEARES: Mallorca, por M. Gastón Vuillier, traducido del francés por C. V. de V., 410, 422, 438, 454, 487, 502, 535, 551, 570, 582, 602, 615, 631, 647, 666 y 678.
- Casa para vender, por Alfonso Daudet, 419.
- Misterios de una pasionaria (poesía), por José Selgas, 421.
- En el instituto de Sobreda, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 428.
- Lógica inflexible, por J. Federico Muntadas, 435.
- La ausencia (poesía), por José Iglesias de la Casa, 437.
- El perfume de las orquídeas, por W. Russell, 443.
- Zapatos nuevos, por Eduardo de Palacio, 451.
- Seis poesías, por Salvador Rueda, 453.
- A orillas del precipicio, por C. Suárez Bravo, 458, 474, 491, 506 y 522.

ÍNDICE LITERARIO

- ¿Cara ó cruz? (cuento original), por Juan Tomás Salvany, 467.  
 El Cid en San Pedro de Cardeña (romance antiguo), 469.  
 Los filtros de porcelana de amianto, por Alfredo de Vaulavelle, 470.  
 Función de tarde, por Eduardo de Palacio, 483.  
 El algarrobo, por M. Llopis y Bofill, 484.  
 Los cabellos de oro (poesía), por Cristóbal Suárez de Figueroa, 486.  
 SILUETAS MODERNAS: Mariano Fernández, por Eduardo Zamora Caballero, 499.  
 ¡Siempre igual!! (poesía), por J. Federico Muntadas, 502.  
 El tío Alegría, por Teodoro Baró, 515.  
 MI ÁLBUM: Los estruendos del Cantábrico (poesía), por Salvador Rueda, 522.  
 Los amigos del muerto, por Eduardo de Palacio, 531.  
 El amanecer (poesía), por Virgilio Colchero, 532.  
 El que malas mañas ha..., por J. Federico Muntadas, 533.  
 El abanderado, por Alfonso Daudet, 547.  
 MI ÁLBUM: El trabajo perdido.—El abejorro (poesías), por Salvador Rueda, 549.  
 Los conejos de Australia, por Enrique Coupin, 550.  
 SILUETAS MODERNAS: Manuel Fernández y González, por Eduardo Zamora Caballero, 563.  
 Del Libro del corazón (1874).—De las Marinas (1876) (poesías de Apeles Mestres), traducidas del catalán por José M.<sup>a</sup> Arteaga Pereira, 566.  
 Nuevas fantasías vegetales, por E. Coupin, 567.  
 La rosa, por Jaroslav Vrchlichy, 579.  
 Poesía arábiga, traducciones de don Adolfo Federico Schack y de don Juan Valera, 581 y 613.  
 Los microbios del hielo, por C. J., 581.  
 ¡Fuego! por Teodoro Baró, 595.  
 MI ÁLBUM: Seis poesías, por Salvador Rueda, 597.  
 El Crisántemo, por D. Bois, 598 y 613.  
 La defensa de Tarascón, por Alfonso Daudet, 611.  
 Cuando no se lleva dinero en el bolsillo..., sacado de la vida de Napoleón, por Eduardo Schulte, 627.  
 Romance morisco, por Luis de Góngora, 630.  
 RECUERDOS DE ÁVILA: Santa Teresa de Jesús, por Teodoro Baró, 643.  
 Glosa de la Santa Madre Teresa de Jesús (poesía), 646.  
 ¿Duendes? por José Ramón Mérida, 659.  
 La feria de Madrid (poesía), por Salvador Rueda, 660.  
 Magos de levita y de cazadora, por Eduardo de Palacio, 661.  
 Cercas económicas, por J. Peignon, 663.  
 El padre, por Björnstjerne Björnson, 675.  
 Poesías de Heine, traducciones del alemán por José M.<sup>a</sup> Arteaga Pereira, 676.  
 Fórmulas, por Eduardo de Palacio, 677.  
 Colas para pegar, por X., 683.  
 Sor Verónica, por M. du Tartre, 691.  
 La Noche de los Muertos (balada de Apeles Mestres), traducida del catalán por J. Trajano Mera, 693.  
 Mujer, por Emilia Pardo Bazán, 693, 707, 726, 748, 759, 778, 787 y 810.  
 La flora de Tenerife, por Pedro Grandselve, 695.  
 MI ÁLBUM: Episodio trágico, por Salvador Rueda, 698.  
 Epigramas, por C. Suárez Bravo, 709.  
 Descanso, esbozo por H. von Kahlenberg, 710.  
 Nueva Orleans, por Julián Ralph (del *Harper's new Monthly Magazine*), traducido por J. Coroleu, 711, 730, 763, 791 y 823.  
 MARRUECOS: Tánger, por Edmundo de Amicis, traducido del italiano por C. V. de V., 723, 746, 774, 806 y 819.  
 La inocencia (poesía), por José Selgas, 726.  
 SILUETAS MODERNAS: Eguílaz, por Eduardo Zamora Caballero, 739.  
 MI ÁLBUM: En una pandereta.—A una fuente medicinal.—El teatro Real (poesías), por Salvador Rueda, 743.  
 La resignación perfecta, por el P. Luis Coloma, 755.  
 Soneto: El realismo, por C. Suárez Bravo, 757.  
 ¿Casualidad? por Arturo Achleitner, traducido del alemán por Francisco Suárez Bravo, 771.  
 Al Tequendama (poesía), por Agripina Montes del Valle, 773.  
 Generales de redacción, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 780.  
 MI ÁLBUM: Baile en la luz (poesía), por Salvador Rueda, 788.  
 Jaula sin pájaros, por Luciano Hendebert, 788.  
 CUENTOS DE NAVIDAD: Una Nochebuena en el Marais, por Alfonso Daudet, 803.  
 El almogávar (poesía), por Tomás Aguiló, 804.  
 La Navidad del artista, esbozo por Guillermo Herbert, 820.  
 Pro patria (poesía), por Carlos Ossorio y Gallardo, 823.

ERRATA NOTABLE

En el artículo *El algarrobo* del señor Llopis Bofill, pág. 485, columna 1.<sup>a</sup>, línea 16, donde dice: «Es de carácter acomodativo,» debe decir: «Es de carácter acomodaticio,» y en la misma columna, línea 55, donde dice: «El terreno de seco no le sienta mejor» léase: «El terreno de secano le sienta mejor.»

# ÍNDICE ARTÍSTICO

- Atisbando..., cabeza de estudio por E. Löventhal, 1.  
 La nobleza romana felicitando el Año nuevo á los cardenales, cuadro de Tomás Moragas, 8.  
 Santa Cecilia, grabado por G. Heuer, 9.  
 Impertinencia.—Historia sin palabras, por Apeles Mestres, 13.  
 Roque Barcia, retrato por J. Diéguez, 17.  
 La Virgen y el Niño Jesús, cuadro de Juan Llimona, 24-25.  
 Una canción, cuadro de Teodoro Grust, 33.  
 Enseñando la Doctrina, cuadro de José Benlliure, 40-41.  
 El perro vengador, cuento, 45.  
 SS. MM. el rey don Alfonso XIII y la reina doña María Cristina, grupo en mármol de Venancio Vallmitjana, 49.  
 Jarrón en el Parque de Barcelona, de José Reynés (de fotografía instantánea de R. de Valero), 56.  
 Retratos de Mr. Grover Cleveland, presidente de los Estados Unidos, y de su esposa Mrs. Cleveland, 57.  
 Nobleza obliga, por Ramón Escaler, 61.  
 Cordelia, cuadro de A. Reiffenstein, 65.  
 Simpatía, dibujo de José Llovera, 69.  
**MANILA Y SUS ALREDEDORES:** Cabañas indias en el río Pasig, cerca de Manila, 72 — Calle de la Escolta, 74 — Campanario de la catedral derribado por el terremoto de 1880, 75. — Tipo tagal, 91. — Cigarrera, 91. — Una calle de los suburbios con chozas de nipa, 92.  
 ¡Una vela! cuadro de Ulises Butin, 73.  
 El hambriento, por N. Moral, 77.  
 Estatua de don Quijote de la Mancha, 81.  
 Proyecto de monumento á Miguel de Cervantes Saavedra, por Agapito Vallmitjana, 88-89.  
 Estatua de Sancho Panza, 93.  
 Proyecto de monumento al emperador de Alemania Guillermo I, por Reinhold Begas, 97.  
 Gran Salón del Palacio de Bellas Artes de Barcelona en la Exposición nacional de industrias artísticas é internacional de reproducciones, dibujo de J. Cabrinety, 104-105.  
**LOS PIGMEOS DE LA GRANDE SELVA AFRICANA:** Pigmeo en acecho, 106. — Un asistente zanzibarita y un pigmeo, 107. — Trampa para cazar animales salvajes, 119. — Una familia de pigmeos ante la tienda de Stanley, 122. — Pigmeo prisionero, 154. — Flechas de los pigmeos africanos, 156.  
 Vista total del proyecto de monumento á Guillermo I de Alemania, 108.  
 Metamorfosis, por Ramón Escaler, 109.  
 Su Santidad el Papa León XIII, 113.  
**CUESTIÓN DEL CANAL DEL PANAMÁ,** principales personajes que han figurado en la misma.—El ingeniero M. Eiffel.—M. Delahaye.—M. Fernando de Lesseps.—El barón Reinach.—M. Artón, 117.  
 S. A. R. el príncipe Fernando, heredero del trono de Rumanía, 120.  
 S. A. R. la princesa María de Edimburgo, 121.  
 S. A. R. la princesa María de Edimburgo, con el traje popular rumano, 125.  
 Homenaje al poeta José Zorrilla, con motivo de su solemne coronación en la ciudad de Granada, 129.  
 Fachada del palacio de Carlos V en Granada, 133.  
 José Zorrilla, 136-137.  
**EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO EN 1893:** Palacio de la Electricidad, 145. — Vista general.—Edificio para la Administración.—Palacio para los Transportes. — Palacio de la Agricultura, 149.  
 — La laguna vista desde el Sur. — Palacio de la Horticultura. — Palacio de las Minas y Minería, 165.— Palacio de la Pesca y Pesquerías, 172.  
**SUCESOS DE EGIPTO:** El kedive aclamado por el pueblo, en el Cairo, 152-153.—Abbas I, kedive del Egipto, de una fotografía, por Van Bosch, de París, 157.  
 Una vieja catalana, cuadro de Antonio Coll y Pi, 161.  
 La viuda, cuadro de Antonio Coll y Pi, 168.  
 Echar las cartas, cuadro del mismo, 169.  
 Expedición á Garmendiola, de una fotografía comunicada por don Casimiro Laborde, 173.  
 José Verdi, 177.  
 Personajes de la ópera *Falstaff*, 181.  
 Una escena de *Falstaff*, de Verdi, en el teatro de la Scala, en Milán, dibujo de G. Amato, 184-185.  
 Justos por pecadores, por Ramón Escaler, 189.  
 El Cenáculo, en Jerusalén, 193.  
 Capilla de Santa Elena en la Basílica del Santo Sepulcro, en Jerusalén, 197.  
 El descendimiento de la Cruz, cuadro de Pablo Delaroche, 200-201.  
 Portada del edículo del Santo Sepulcro, 205.  
 Buenas noticias, cuadro de C. Muller Maszdorf, 209.  
 «Jorn de gloria,» grupo en yeso de Juan Massó y Huguet, 216.  
 Pablo Pífferrer, 217.  
**LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS:** Vista del valle Yosemite desde la punta Lookout, 218.—Descendiendo al valle, 219.—Obra de destrucción realizada en el valle Yosemite en Octubre de 1888 para destinar la tierra al cultivo del Fresno, 231. — *Los Tres Hermanos* reflejados en el espejo de las aguas.—*El Capitán*, 234.—Vista refleja de las cascadas Yosemiteas, 235. — La Catedral (2,600 pies de altura), 247. — El centinela. — Pinar talado en la selva Stump, en Junio de 1887, 250. — Cuesta de la meseta del Vernal.—Tala en el valle Yosemite, hecha en 1877-88, 251. — Camino del río Merced á las cascadas Vernal, 263.— Mapa del valle Yosemite, 267. — Las grandes praderas del Tuolumne y los montes Dana y Gibbs, 283.—Región meridional de las praderas Tuolumne.—Picos del Unicornio y de la Catedral.—El pico de la Catedral, 284.—El ventisquero Lyell, 298. — La falda meridional del monte Lyell. 299.—El río Tuolumne cerca de la boca del gran cañón, 300.—Entrada del valle Hetch Hetchy, 301. — El lago Tenaya á vista de pájaro, 315.—La roca Kolana, 316.—Vista de una parte de las grandes cascadas del cañón Tuolumne mayor, 317.  
 ¡Alto! cuadro de José Cusachs, 225.  
 Busto romano encontrado en Ampurias, visto de frente y de perfil, 228-229.  
 Reconocimiento de un vado, cuadro de José Cusachs, 232.  
 Paso de un río, cuadro del mismo, 233.  
 Sellos de correos del Centenario de América en los Estados Unidos, 237.  
 La venida de las golondrinas del África, cuadro de A. Richter, 241.  
 Precocidad, cuadro de Ramón Borrell, 248.  
 ¡Mira, ya están aquí las golondrinas! cuadro de H. Hirt, 249.  
 Curiosidad pagada, por N. Moral, 253.  
 Enrique Mélida, 257.  
 La comunión de las monjes, cuadro de Enrique Mélida, 264-265.  
 ¡Por una mancha! por José Pando, 269.  
 Carolina Civili, dibujo de J. Diéguez, 273.

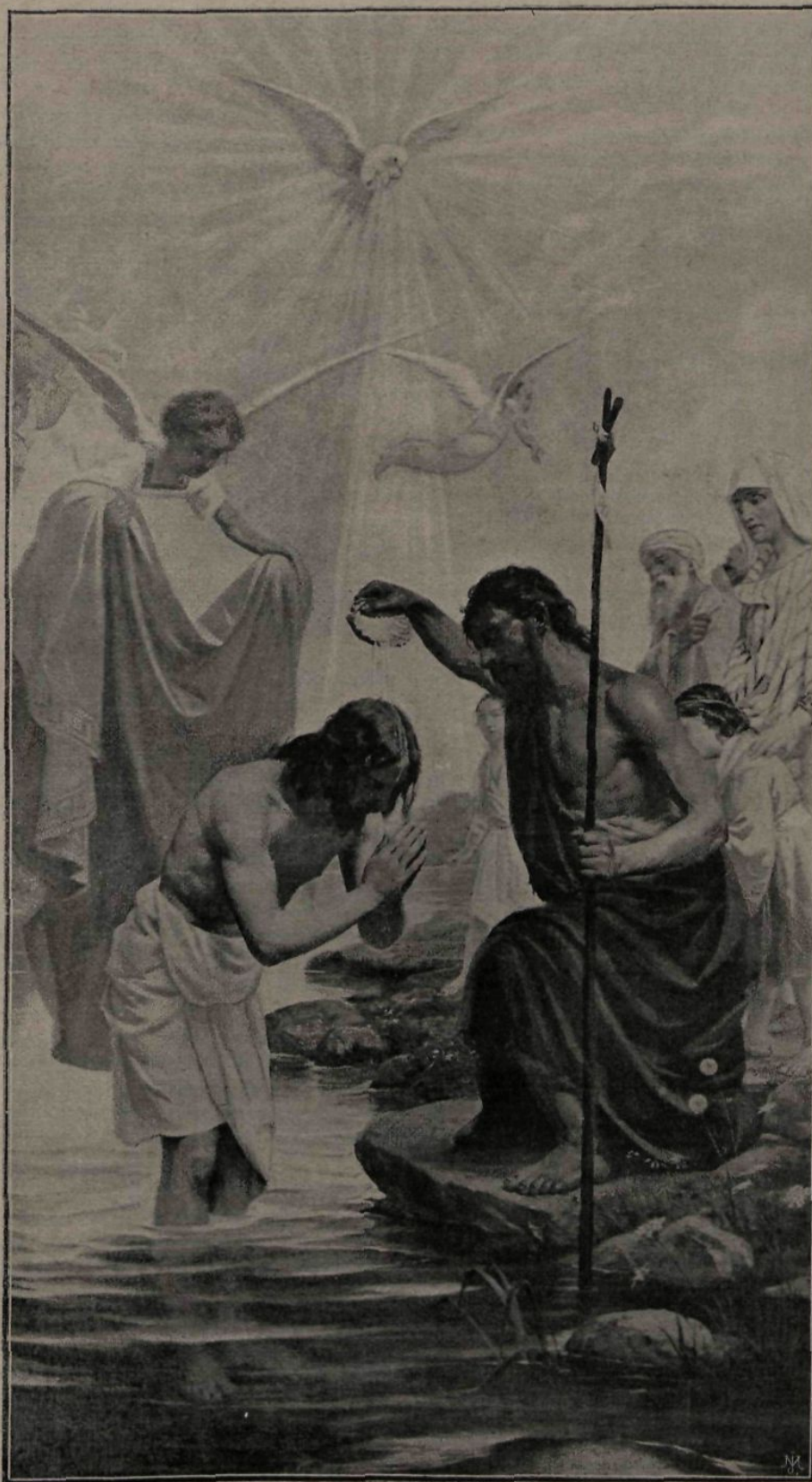
ÍNDICE ARTÍSTICO

- La pequeña Aurora y su abuela, cuadro de Miss Ellen G. Hill, 280.  
Rocas llamadas Faraglioni, cerca de la isla de Capri, cuadro de Augusto Leu, 281.  
M. Beernaert, presidente del ministerio de Bélgica, 285.  
El guitarrista, cuadro de Luis Graner, 289.  
COLECCIÓN ZOOLOGICA DEL PARQUE DE BARCELONA: Aves prensoras, llamadas vulgarmente *Loros*, 295.—Palomas y gallinas, 310.—Gorros y gallinas domésticos, 314.—Pavos reales, 326.—Faisanes, 327.—Grulla pavo-real, 359.—Grupo de zancudas y palmípedas, 362.—Avestruz camello.—Nandú.—Cebra.—Elefante, 379.—Águila, 380.  
La hermanita guardiana, cuadro de Luis Graner, 296.  
Un cuento, cuadro del mismo, 297.  
Sorpresa, cuadro de M. Grönvold, 305.  
S. M. la reina Victoria de Inglaterra, emperatriz de las Indias, 309.  
Vista general de la *villa Palmieri*, 312.  
Vista del patio de la misma *villa*, 313.  
Monaguillo, estatua de Manuel Fuxá, 321.  
San Francisco de Asís, imagen escultórica del mismo artista, 328.  
El obispo fray Francisco Armanyá, cuadro del mismo artista, 329.  
Bretón de los Herreros, dibujo de J. Diéguez, 337.  
Carreras de caballos en el Hipódromo de Barcelona, dibujo original de José Cabrinety, 344-345.  
Cuerpo de guardia, cuadro de Guillermo Loewith, 353.  
Un asalto, cuadro de Ramiro Lorenzale, 360.  
Círculo del *Padre Cobos*, de una fotografía contemporánea, 361.  
Humorada, por Ramón Escaler, 365.  
País de Holanda, cuadro de José M.<sup>a</sup> Marqués, 369.  
Margarita, cuadro del mismo, 373.  
Lección de Catecismo: ¿Cuántos dioses hay? cuadro del mismo, 376-377.  
El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José Morgades y Gili, obispo de Vich y administrador apostólico de Solsona, retrato por J. Diéguez, 385.  
Portada del monasterio de Ripoll, 392.—Claustro del monasterio de Ripoll.—Vista del interior restaurado de Santa María de Ripoll, de fotografía de los señores Audouard y C.<sup>a</sup>, 393.  
Aguzar el ingenio, por N. Moral, 397.  
En la orilla, cuadro de Modesto Texidor, 401.  
Salida á missa, cuadro de Ramiro Lorenzale, 408.  
La leyenda de Azenor, acuarela por Apeles Mestres, 409.  
VIAJE Á LAS BALEARES: Vista de Palma, 410.—Los *maceros* del Ayuntamiento, 412.—Dama palmesana, 413.—Ayuntamiento ó Casa Consistorial, 422.—Un *tamborero*, 423.—Visita al cadáver del rey don Jaime, 426.—Puerta del Mar, 427.—Puerta de la iglesia de Monte-Sión, 438.—Puerta de San Francisco.—Sepulcro de Ramón Lull, 439.—La Catedral y el Palacio Real, 441.—La Lonja, 442.—Interior de la Lonja, 455.—Patio Sollerich, 487.—El castillo de Bellver y el Terreno, 490.—Escalera de Raxa, 491.—Baños árabes, 502.—Patio de casa Olesa, 503.—Claustro de San Francisco, 504.—Los olivos monstruos, 505.—Cartuja de Valldemosa, 535.—El ermitaño de Miramar.—La costa del Norte, 539.—Entrada de Miramar, 552.—La *Foradada*, 553.—El camino del mar, 554.—La pequeña ensenada de *La Estaca*, 555.—Una labradora de Miramar, 556.—El torrente de Pollensa, 571.—Torrente de Soller, 572.—Joven con *rebocillo*, 582.—Calle de Pollensa, 583.—Puente romano en Pollensa, 586.—Cascada sobre el camino, 587.—Campesinos, 600.—En el campo santo de Pollensa, 601.—Castillo *dels Reys*, 603.—Cascada de la *cala de Molins*, 604.—Canciones mallorquinas recogidas en Pollensa, 605.—Una jota mallorquina.—Salida del templo, 615.—Santuario de Nuestra Señora de Lluch, 618.—¡Adiós, Pirata! 619.—El Predio son Moro, 631.—Entrada en las grutas del Drach: el vestíbulo, 634.—El Lago Negro, 635.—El Dosal de la Virgen del Pilar, 650.—El Teatro, 651.—Cueva del Descanso de los Extraviados, 652.—Regreso de la fuente, 664.—La Palmera, 665.—Las Arañas, 666.—Bajada del Purgatorio, 667.—Abertura que pone en comunicación las cuevas llamadas del *Drach* con el mar, 679.—Lago de las Delicias, 680.—Entrada de las grutas de Artá, 681.—Sala de las Columnas, 682.  
El príncipe Fernando de Bulgaria y su esposa la princesa María Luisa de Borbón Parma, 417.  
Distintas actitudes de Mr. Gladstone en la discusión del proyecto de *Home Rule*, 424-425.  
La peñadorcita, cuadro de Pablo Wagner, 433.  
Dios es caridad, cuadro de Juan Llimona, 440.  
Epístola, por Ramón Escaler, 445.  
PINTURAS MURALES POR ALBERTO DE VRIENDT: Los regidores de Brujas en el taller de Juan van Eick, 449.—El duque Desiderio de Alsacia deposita la reliquia de la Sangre de Jesucristo en la iglesia de San Basilio, 456.—Un capítulo de la orden del Toisón de Oro, 457.—El poeta flamenco Jacobo von Maerland, 468.—Brujas lucha por la independencia, 470.—Alegoría de la ciudad de Brujas, 471.—Renovación del privilegio de comercio á las ciudades anseáticas, 477.  
Alberto de Vriendt, 461.  
El almirante inglés, sir Jorge Tryon, 465.  
El acorazado *Victoria*, buque almirante de la escuadra inglesa del Mediterráneo, 472-473.  
El *Camperdown*, acorazado de la escuadra inglesa del Mediterráneo, 474.  
Bisonte atacado por lobos, escultura de José Campeny, 481.  
Consagración de la iglesia restaurada de Santa María de Ripoll, dibujo de Ramiro Lorenzale, 488.  
La iglesia de Santa María de Ripoll en la función del día 2 de Julio de 1893, dibujo de José Cabrinety, 489.  
Mariano Fernández, retrato por J. Diéguez, 497.  
CUENTOS PUERILES: Astronomía, por Felipe Cámara y N. Moral, 509.  
SS. AA. RR. la princesa Victoria May de Teck, y Jorge, duque de York, 513.  
La lista de la lotería, cuadro de Joaquín Tejada, 520-521.  
Díme qué sombrero llevas y te diré quién eres, 525.  
Un bebedor, cuadro de Román Ribera, 529.  
En el *boudoir*, cuadro del mismo, 536.  
En el *foyer*, cuadro del mismo, 537.  
Alfonso Daudet, 545.  
Alejandro I, rey de Servia.—El rey Milana I.—La reina Natalia, 557.  
Palacio real de Belgrado, 558.  
Manuel Fernández y González, retrato por J. Diéguez, 561.  
El niño mimado, cuadro de Antonio Rotta, 568-569.  
Tarde aprovechada, 573.  
La pubilleta, busto en tierra cocida por Celestino Devesa, 577.  
Un punto escapado, cuadro de G. Jacobides, 584.  
Estío, cuadro de C. Vautier, 585.  
L' hereu escampa, busto en tierra cocida por Celestino Devesa, 588.  
El trovador, por Baldomí, 589.  
San Francisco de Asís, imagen escultórica de Agustín Potellas, 593.  
El sacamuelas, grupo escultórico de José Campeny, 609.  
El monaguillo, cuadro de Arcadio Mas y Fondevila, 616.  
Miseria y caridad, cuadro de Tomás Moragas, 617.  
Gritos de guerra, por Melitón González, 621.  
La pequeña calcetera, cuadro de Adolfo Echter, 625.  
Rosina, cuadro de E. Von Blaas, 632-633.  
Una nube de verano, por Apeles Mestres, 637.  
Verdadero retrato de la Santa Madre Teresa de Jesús, por fr. Juan de la Misericordia y existente en el Ayuntamiento de Avila, 641.  
Procesión de Santa Teresa de Jesús en la ciudad de Avila, 648.  
Sepulcro del infante don Juan, hijo de los Reyes Católicos, en el convento de Santo Tomás en Avila, 649.  
Monólogo dramático, por Renato Bull, 653.  
El doctor don Juan Bautista Grau y Vallespinós, obispo de Astorga, retrato por J. Diéguez, 657.  
La primera capa, por Melitón González, 669.  
El contraalmirante Avellan, 673.  
El *pelotari* Angel Pastor, de Andoain, 685.  
Ruinas de Rameseum, en Egipto, 689.  
Entrada del Valle de las Tumbas, en Egipto, 696.  
La cripta del monasterio de Capuchinos, en Palermo, 697.  
Carlos Gounod, 700.  
Don Puntual, por José Pando, 701.  
El general de Miribel, 705.  
El frontón Barcelonés, 712-713.  
NUEVA ORLEANS: La calle del canal, 714.—Tipos criollos.—Patio de una casa antigua del barrio francés, 715.—El antiguo barrio francés, 730.—Casas de campo de Claiborne, en los pinares próximos á Nueva Orleans.—Un balcón del antiguo barrio francés.—El

ÍNDICE ARTÍSTICO

- Club de regatas de Nueva Orleans, 731. — Leyendo un anuncio mortuorio.—La antigua iglesia de San Roque.— El camino de las Conchas, 764.—Un fragmento de arquitectura antigua en el barrio francés, 765.— En el antiguo teatro de la Ópera francesa.— Tranvía urbano en Nueva Orleans.— Calle del antiguo barrio francés, vista desde el Hotel Real, 794.— Policemen de Nueva Orleans.— Un billettero de Nueva Orleans.— Un carro de panadero.— Tipos del Dago, 795.—Dagos y sus botes.— El viejo y el nuevo Sud.— A lo largo del muelle, 826.—Una reliquia del viejo Sud.— Esquina del palacio del Banco, 827.
- Un pescador pescado, por Baldomí, 717.
- MARRUECOS:** Tánger, 721. — Soldado marroquí, 724. — Tipos marroquíes, 725. — Moro con traje de gala, 746.— El santón, 747. — Tendero árabe. — Cambista judío, 758. — Mujer árabe, 759. — Rifeños berberiscos, 774. — Rogativas para la lluvia.—La alcazaba, 775. — La playa, cerca del cabo Malabat, 806.—El moro Mahomet, 807.— El té en casa de Mahomet, 810. — Concierto en casa de Mahomet, 820.
- Vista general de Río de Janeiro, 728.
- Dolce far niente, cuadro de Francisco Miralles, 729.
- Calle de árboles gigantes en Río de Janeiro, 732.
- Los bancos anunciadores, por Flik-Flok, 733.
- Luis de Eguílaz, retrato por J. Diéguez, 737.
- Un tribunal en Marruecos, cuadro de Tomás Moragas, 744-745.
- Un kabila, 753.
- Una barbería en Túnez, cuadro del profesor C. Haberlin, 760-761.
- Un alcalde de aldea en el día de la función, dibujo de N. Moral, 766.
- Beduíno atravesando el desierto, 769.
- Una caravana de esclavos en el desierto, cuadro de Benjamín Constant, 776.
- Una escuela en Túnez, dibujo original de E. Berninger, 777.
- Tuaregs meditando un asalto, 785.
- Mujer kabila, 792.
- Una sentencia en el Oriente, cuadro de Chlebowsky, 793.
- Ir por lana y salir trasquilado, por Flik-Flok, 797.
- Capilla de la Natividad en la cripta de la basílica de Santa María, en Belén, 801.
- La Virgen, el niño Jesús y San Juan, cuadro de G. Bouguereau, 808.
- Navidad, dibujo de Apeles Mestres, 809.
- Un mártir de la fotografía instantánea, por Cuchy, 812-813.
- Ulema, 817.
- Hebreo, 821.
- Una vista de Melilla, 824.
- Los feudals d' ara, (los feudales del día), cuadro de Ernesto Soler de las Casas, 825.
- Bromitas de Juan, por N. Moral, 829.





EL BAUTISMO DE JESÚS

CUADRO DE PEDRO BORRELL

## PAÍS EN SEDA

En chales japoneses que encantan la pupila,  
sobre colores vivos, con sedas mil bordadas,  
sólo he visto las raras escenas de Manila  
hechas por las agujas sutiles y aceradas.

Bocas descoloridas de gesto inexpresivo,  
en desmayados ojos redondos lagrimales,  
he visto en esos rostros, en los que va cautivo  
lo exótico que tienen las razas tropicales.

Mujeres de torzales y rústicos de seda  
en esos chales brillan sobre el tejido caro,  
y encandilada y fija nuestra retina queda  
ante el tapiz que junta lo espléndido á lo raro.

Relieves de mil tonos que halagan los sentidos  
reparten en mil brillos su lujo y su tesoro,  
y aves de largas colas en árboles fingidos  
abren las amplias plumas metalizadas de oro.

¡Bello país en seda! pero ¿querrá la suerte  
que, allá sobre sus islas por siempre reclinado,  
se torne un pueblo grande, y emprendedor, y fuerte...  
ó eternamente sólo será para bordado?

SALVADOR RUEDA.

## La navaja

(CONCLUSIÓN)

No dejaron estas imaginaciones de tenerle preocupado durante todo aquel día, tanto, que cuando al oscurecer daba su vuelta de costumbre por las calles con su padrino, el señor Manolito, á cuyos oídos había llegado también la amenaza de Chancleta, le dijo con el aire solemne que le era habitual:

—Oye, Joselillo, no pienses en esa miseria. Las bocanadas de un meritorio de presidio no son para dar cavilaciones á hombres como tú y como yo.

—No entiendo á usted, padrino, dijo el joven haciendo el disimulado.

—Ya veo que no quieres dar tu brazo á torcer y haces bien; pero en Sevilla todo se sabe, hasta lo que no pasa. Te duele, es claro, andar en lenguas de las gentes y en tan mala compañía, pero los valientes tienen ese censo. ¿Quieres creerme? Echa eso al almacén del olvido. Así piensa ese Chancleta en meterse contigo, como yo en meterme con la Osa mayor.

—¿Y si se mete, señor Manolito?

—Hombre; si se mete...

Aquí el señor Manolito hizo una pausa, y añadió mirando á su ahijado:

—¿Tú eres, por supuesto, plaza desarmada?

—No llevo conmigo ni un alfiler.

—Pues punto en boca, hijo mío, y que nadie lo sepa, porque si llega á sus oídos le entrarán de repente los bríos y será capaz de faltarte al respeto.

—A nadie se lo he dicho, porque nadie me lo ha preguntado; pero él puede inferirlo de mi manera de vivir.

—La duda sola bastará para bajarle los humos. Le quitaría quizás la gana de hacer el bravo, que yo le dijera dos palabras al oído, pero eso sería hincharle demasiado. Vamos, que como tú le pegues un bufido de esos que sólo saben pegar los valientes... Mira; así por el estilo.

El gesto y la cómica postura con que el pacífico velonero parodió aquella terrorífica manifestación del valor, volvió el buen humor á Joselillo.

—No tenga usted cuidado, padrino, dijo riendo, que creo que no habrá necesidad de apelar á ese recurso extremo.

—Creo lo mismo; pero por si acaso yo procuraré andar á tu alrededor, para protegerte con mi sombra.

—Muchas gracias, porque eso no lo hace más que quien puede; pero siento que usted se...

Aquí se paró de repente Joselillo volviendo la cabeza; porque sintió que le tocaban en el hombro.

Á la luz, entonces escasa, de los faroles, pues ya era de noche, vió que el interruptor era un mozo alto, con la capa terciada á lo jaque, y la monterilla caída sobre un ojo.

—¿Qué se ofrece? dijo mirándole de arriba á abajo, y sospechando si sería el baladrón de la Macarena.

—Dos palabras, señor Joselillo, dijo el recién venido con tono gangoso, poniéndose á su lado y siguiendo su marcha.

El joven se volvió á su padrino para pedirle la venia, pero sólo le vió las espaldas, pues el señor Manolito se alejaba de allí, no con el paso cadencioso y oscilante que le era habitual, sino á toda prisa. Sin duda pensó que su sombra protegía mejor de lejos que de cerca.

En otra circunstancia el rasgo habría divertido mucho á nuestro héroe, pero presintiendo la seriedad de la situación, volvió á encararse con el de la capa, sin detener el paso, reiterando su pregunta.

—¿Qué se ofrece?

—Me parece, respondió el interpelado, que con decirle á usted quien soy, sabrá usted á lo que vengo.

Y con aire lleno de importancia, añadió:

—Yo soy Chancleta.

La insolencia con que el bigardo venía á poner por obra su amenaza, sublevó la sangre á Joselillo, pero se había propuesto llevar la prudencia á los últimos límites, y metiéndose dentro del cuerpo la frase que se le venía á la boca, se contentó con arrugar los labios y encoger los hombros, diciendo:

—Pues, haz cuenta que no me has dicho nada.

Esta diferencia en el tratamiento que hacía traición á los propósitos de mansedumbre de Joselillo, no pareció ser advertida por el grosero provocador.

—Creía, dijo, que el nombre de Chancleta no le cogería á usted de nuevas.

—Te advierto que yo gasto zapato. Pero zapato ó chancleta, el caso es que yo no te conozco.

—Pues los valientes deberían conocerse.

—Es que yo no soy ni quiero ser valiente, y no tengo, por lo tanto, nada que ver con los del gremio, si es que tú lo eres.

—Ya se ve que lo soy.

—Basta que tú lo digas. Pero al caso, ¿qué es lo que yo tengo que hacer con que tú seas ó no seas valiente?

—Pues mire usted, cada cual tiene sus manías, y yo tengo la de que no ha de haber en Sevilla quien pase por más bravo que yo... ¿Estamos? Y el caso es que estoy cansado de que me lo echen á usted siempre por delante... ¿va usted enterándose?

Chancleta se calló esperando una respuesta, pero Joselillo no desplegó los labios y siguió su camino mirándole de hito en hito.

—Creo que me explico. Desde el momento en que dos hombres se estorban...



—Es que tú á mí no me estorbas, saltó Joselillo con tono, á pesar suyo, ferozmente despreciativo.

—Pero usted me estorba á mí... lo siento mucho. Yo necesito que nadie crea en Sevilla, que hay otro hombre de más envidia que yo... Y como contra usted no tengo ningún resentimiento, que digamos... vengo, de buena manera, y como deben hacerse estas cosas entre hombres como nosotros, á pedirle á usted... que me haga el favor de pelearse conmigo.

Era visible que el perdonavidas no las tenía todas consigo, pues su mirada recelosa y el tono inseguro con que hablaba desmentían la arrogancia de sus palabras. Mientras exponía su singular pretensión, Joselillo le estuvo observando. Era un mozo lampiño todavía, pero recio de miembros, de mirada torcida, nariz arremangada y cara repulsiva. La frecuencia de su resuello revelaba la inquietud de su ánimo, y su aliento trascendía á vino desde una legua.

—Este granuja, pensó Joselillo entre sí, tiene más miedo que vergüenza; pero se ha comprometido en la taberna con otros de su laya, y arrastrado por el compromiso y por el vino, viene á desafiarme. De buena gana le hartaría de mojicones, pero la navaja que lleva seguramente abierta debajo de la capa, me obliga á la prudencia.

Confirmaba la primera sospecha de Joselillo, un grupo que se veía á cierta distancia seguirle los pasos. Eran sin duda los jaleadores de Chancleta.

Cuando éste acabó de hablar, nuestro héroe le contestó haciendo un grande esfuerzo sobre sí mismo:

—Mira, hombre, tú quieres pelearte conmigo, no sé por qué, pues yo no recuerdo haber cruzado contigo ni siquiera la vista. Pero para que dos hombres riñan se necesita que los dos quieran reñir, y yo no quiero. ¿Estás? Puedes volverte por donde has venido. Si quieres camorra, busca á otro valentón, que yo no soy de la clase; soy mioro de paz.

—Ande usted, señor Joselillo... Yo estoy comprometido... y no hemos de separarnos sin probar las herramientas.

—¡Yo no soy hombre de navaja! iba á exclamar Joselillo indignado, pero se contuvo presintiendo que en la duda estribaba toda su defensa contra el siniestro mozo.

—Vamos, no seas ganso, dijo frunciendo las cejas y dominándole con la vista. Sí tantas ganas tienes de pelear véte á pelear con las reses del matadero ó con los leones de San Telmo, que están desocupados. Conmigo pierdes el tiempo.

—No dirá usted... que no se lo he pedido con buenos modos. Pero ya que no quiere usted por voluntad... peleará por fuerza.

—¡Cómo! exclamó sobresaltado Joselillo.

—Le daré á usted de bofetadas.

Al oír semejante insolencia el joven estuvo á punto de perder los estribos y un relámpago de ira brilló en sus ojos; pero había tal contradicción entre las palabras y el gesto del provocador, tan visibles eran los signos que en él se advertían de hallarse dominado por el miedo, y de estar representando, obligado por el amor propio y por el compromiso, un papel que le venía muy ancho, que resolvió inmediatamente cambiar de táctica. Por otra parte, ¿qué podía su razón y su valor contra aquel miserable, armado del hierro alevoso?

—Puesto que te empeñas, dijo mirándole fijamente para ver el efecto que producían en él sus palabras, vas á tener lo que desees. Pelearemos, y de mi cuenta corre que

no vuelvas á provocar á nadie. Aquí en las afueras, donde nadie venga á estorbarnos, ventilaremos el asunto.

El rostro de Chancleta se descompuso, poniéndose aún más pálido. Joselillo, para dar mayor apariéncia de verdad á su maniobra, aceleró un poco el paso aunque mirando á su adversario de reojo y aun de espaldas, como el jaque de Quevedo. Chancleta le seguía con el resuello afanoso, moviendo sus ojos á un lado y á otro y como arrastrado. Joselillo comprendía, sin embargo, lo precario de su triunfo moral y pensaba, no sin angustia, en que el momento de la acción se aproximaba y entonces la infame navaja daría la razón al cobarde. Esperó todavía algunos momentos para ver si el miedo acababa de rendir á aquel miserable, pero éste no variaba de actitud. La situación era peligrosa en sumo grado y jugó rápidamente su última carta.

—Mira, dijo parándose y señalando un lugar solitario que tenían ya á pocos pasos, ahí vamos á pelear, puesto que te empeñas: ahí va á quedar uno de los dos; pero ante Dios serás responsable de lo que te suceda. Yo soy hombre pacífico, y estoy pronto á declarar que eres el valiente número uno. Yo no quiero derramar la sangre de nadie. Aún es tiempo; vámonos cada uno por nuestro lado y en libertad quedas de publicar por todo Sevilla que no he querido medirme contigo.

En el demudado semblante de Chancleta se pintó por un breve instante la indecisión; pero después de echar una mirada angustiada al grupo que les observaba de lejos, murmuró con voz sofocada:

—No... no... tenemos que pelear. Vamos.

Cuando decía esto, Joselillo, que le vigilaba, observó debajo de su capa un movimiento sospechoso y se puso alerta, adivinando con sobresalto lo que iba á pasar. No fué menos rápida que su pensamiento la acción de Chancleta que, echando atrás la capa y esgrimiendo la navaja que tenía, en efecto, abierta y brilló siniestramente á los rayos de la luna, se arrojó sobre nuestro héroe para cogerle de sorpresa. Joselillo, ya prevenido, pegó un salto atrás con sus piernas de acero y evitó el golpe, ejecutando al vuelo una idea inspirada por la situación y que le había cruzado por la mente pocos momentos antes, y fué descalzarse un zapato, que en aquel tiempo de calzón corto se gastaba bajo, como es sabido, y de talón recio.

El combate que entonces se entabló apenas puede describirse. Joselillo, con el zapato cogido por la punta, empezó á dar saltos y á girar alrededor del alevé matachín, que se iba al bulto como el toro, pero que no hacía más que dar cuchilladas al aire, porque su adversario, con una serenidad de que él carecía y con agilidad y destreza que afinaba el peligro, le hurtaba siempre el cuerpo. Pero no de un modo inofensivo, pues al menor descuido del aturdido acometedor, le asentaba duramente el talón del zapato, ya en el pecho, ya en el hombro, ya en el brazo, acompañando el golpe con alguna interjección para desfogar la ira que bramaba en su corazón.

—¡Villano! ¡Carroña! ¡Infame! ¡Toma!

Sin embargo, Joselillo habría corrido grave riesgo si su adversario, algo repuesto en los primeros momentos de los efectos del vino y del miedo, al verle obligado á recurrir á un arma tan inofensiva, no hubiera acabado de perder el aplomo y la vista en la lucha contra un enemigo impalpable con el cual no tropezaba nunca su navaja, y á quien veía tan pronto de frente como de flanco y hasta á sus espaldas, no desperdiciando ocasión de plantarle vigorosamente el zapato en toda parte de su cuerpo que quedaba descubierta.

Llegó ya por fin un momento en que el menguado baratero, completamente atortolado y cogido por el vértigo, blandía sin conciencia su arma contra el vacío, momento que aprovechó Joselillo para asestarle entre los dos ojos un golpe que completó su victoria. Chancleta maquinalmente se llevó las dos manos al rostro, y otro golpe le obligó á soltar la inútil arma que blandía. Todavía Joselillo, cuya ira no estaba apaciguada, le administró un fuego graneado de talonazos hasta dar con él en tierra. El baratero cayó lanzando un gemido.

—¿Querías pelea?, le dijo nuestro héroe, inclinándose sobre su rostro, cubierto de sudor y de cardenales. Ya estás servido, granuja (1).

—¡No le mates, Joselillo, no le mates!, gritó la conocida voz del señor Manolito, que llegaba con la lengua fuera, acompañado de los alguaciles que había ido corriendo á avisar. Detrás se acercaban cautelosamente los amigos de Chancleta.

—¿Está muerto? Dése usted preso, dijo uno de los alguaciles acercándose á Joselillo.

—El caso no es para tanto, contestó éste.

—¿Dónde tiene la herida?, preguntó otro, examinando el cuerpo del matachín.

—Diga usted dónde tiene los porrazos. ¿Ha visto usted, señor alguacil, algún herido con esta arma?

Y Joselillo enseñaba el zapato, que tenía todavía en la mano derecha y que se calzó en seguida.

Todos los concurrentes, al oír esto, se acercaron y oyeron sorprendidos la breve narración que hizo el joven de los incidentes de aquel duelo sin precedentes.

El señor Manolito, á quien no solía coger nada de sorpresa, no pudo en esta ocasión contener su entusiasmo.

—¿Tú has hecho eso, Joselillo? Te digo que ni Bernardo del Carpio, ni el Campeador, ni Garci-Pérez de Vargas, el que tomó á Sevilla, te llegan á la suela de ese zapato. Hay que venir á esta tierra para saber lo que es valor.

Por su parte, los camaradas de Chancleta y otras gentes que iban llegando, al enterarse del hecho rodearon al malparado baratero, que comenzaba ya á incorporarse, y le hartaron de silbidos y de burlas.

—Pensabas, decía uno, que Joselillo te enseñaría los talones, pero no es mal talón el que te ha enseñado.

—Anda, véte al hospital á curarte de ese atracón de sue-  
la, decía otro.

—Llevas cardenales para un cónclave.

—Chancleta, te has encontrado con la horma de tu zapato.

El humillado malandrín, ya medio repuesto, quiso enfadarse, pero entonces las cuchufletas y los insultos fueron reforzados con puntapiés y pescozones que le obligaron á emprender la fuga, siendo seguido, hasta que tomó refugio en su casa, por una chusma que iba engrosando y que no se hartaba de silbarle.

Al día siguiente salió huyendo de Sevilla, porque se burlaban de él hasta los chicos.

Cuando se retiraban Joselillo y su padrino, á éste, que iba todo gozoso y entusiasmado, le causó extrañeza el silencio de su ahijado, que le dejaba hablar solo y marchaba con la cabeza baja, como absorbido por grave preocupación.

—¿En qué piensas, hombre?, le dijo. Lo que va á dar tanto que hablar en Sevilla ¿te cierra á tí los labios, á tí, el héroe de la aventura, como si les hubieran puesto un candado?

(1) Se nos ha referido este lance como histórico en su parte esencial.

—Pienso, padrino, contestó gravemente el joven, que no conviene que estas broncas se repitan, porque si he salido de dos bien, casi por milagro, á la tercera va la vencida.

—Hombre, no seas caviloso. ¿Quién se atreve ya á meterse contigo en Sevilla?

—Todo el que quiera, sin arriesgar la piel, acreditarse de valiente. Con dos dedos más de ánimo, la navaja de ese Chancleta hubiera á estas horas dado cuenta de mí: sería hombre muerto. Desengáñese usted, mi zapato no asustará, y con razón, á ninguna navaja.

—¿Y qué piensas hacer entonces? ¿te vas á meter fraile?

—No lo sé, pero esa no deja de ser una idea.

Joselillo no era hombre que pensaba mucho las cosas. Al poco tiempo entró de lego en el convento donde estaba su tío, en el que vivió pacíficamente, siendo generalmente conocido en Sevilla por el lego del *zapateado*.

C. SUÁREZ BRAVO.

## NUESTROS GRABADOS

### Por la señal...

CUADRO DE ANTONIO DE FERRER

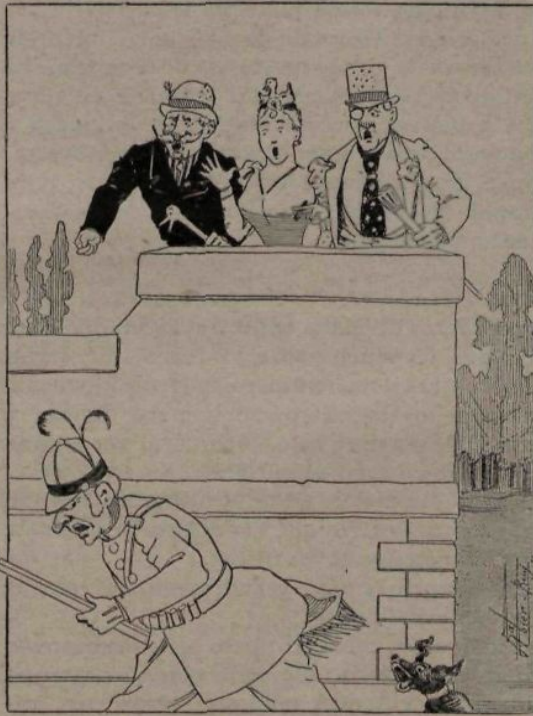
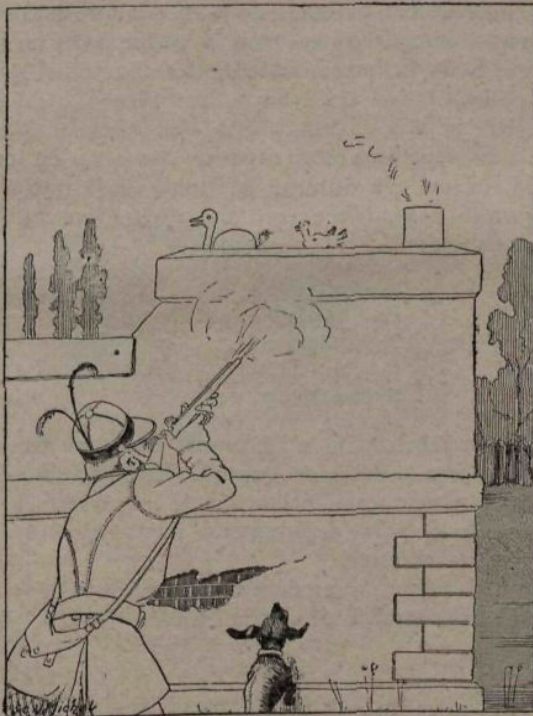
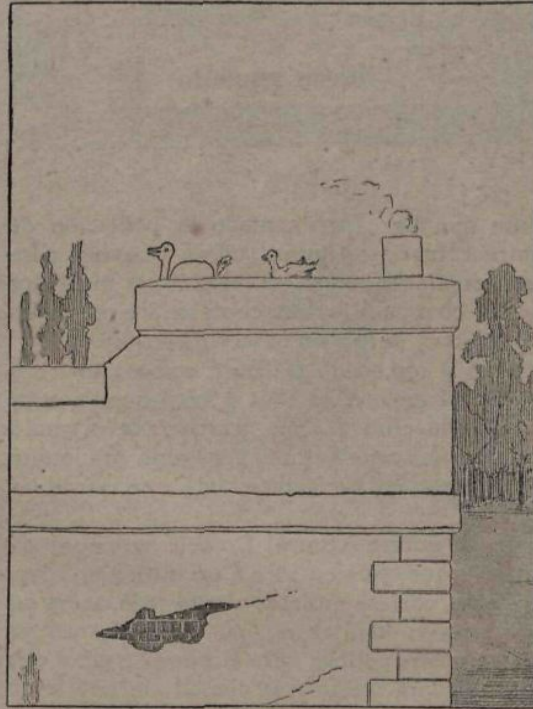
Bien se ve á la primera ojeada que el autor de esta obra ha buscado la inspiración en algunas de las aldeas de Cataluña, y probablemente en las comarcas de Vich y de Ripoll. La aldeana que con la capucha enseña al niño al entrar en la iglesia á que se persigne haciendo la señal de la cruz, según manda la doctrina cristiana, es sin duda una de aquellas mujeres fervorosas que tanto abundan en las cristianas y católicas tierras en donde casi todo el mundo es creyente á macha martillo. El niño, que ya en el pecho maternal bebió los sentimientos religiosos, porque sus padres se los inculcaron desde que en él se vislumbró un destello de razón, muéstrase dócil á los deseos de su madre ó abuela, puesto que lo uno ú lo otro puede ser la que tan amorosamente le enseña á persignarse, repitiendo á buen seguro la lección misma que le da todos los días al levantarse y al acostarse, hermosa costumbre propia de todos los países cristianos. La niña, quizás hermana del muchacho, ó por más espigadita ó por más despierta, no necesita ya del auxilio de la madre ó abuela para hacer la señal del cristiano, al entrar en el templo del Señor. Ella misma se dirige á la pila para tomar el agua bendita y luego persignarse con ella. De esta escena, tan frecuente en las iglesias de Cataluña, ha hecho Antonio de Ferrer un cuadro muy sentido, hábilmente compuesto, en el que ofrecen interés las tres figuras y por añadidura de carácter genuino catalán. La reproducción que publicamos, sacada directamente, permite formar cabal concepto del interesante cuadro de Ferrer, á quien se deben otros varios sobre temas del Principado, que ha recorrido con detención y estudiado con cariño.

### ¡Ahora duermel!

CUADRO DE R. HOHENBERG

Solicita acude la madre junto á la camita de su hijo. La lleva el cariño maternal á vigilar su sueño, á escuchar si respira naturalmente ó si se nota en él algún síntoma de fatiga, ó á ver si su hermoso rostro tiene el suave color de la salud perfecta ó el color arrebatado de la calentura. ¡Ahora duermel! exclama la bondadosa madre, y en esta exclamación se encierra un tesoro de felicidad y de bienandanza. ¡Ahora duermel! y duerme con plácido sueño, apoyada la linda cabecita en el cojín, bien arrebujado en finísimas sábanas, orladas para mayor gala con ricos bordados, que descubren la riqueza y la elevada posición de la casa. ¡Qué bien expresa la cara de la madre la dicha que experimenta su corazón! ¡Cuán espontánea y exacta es su actitud! Apenas se atreve á apoyar la mano en la almohada para no despertar al niño, y á la vez siente deseos de acercarla á su rostro, de sentir en ella el aliento de su hijo. El artista R. Hohenberg ha tratado este asunto con sencillez en la composición y

## Ilusiones de óptica



con profundo sentimiento en el conjunto y de una manera muy especial en la figura de la madre.

### El bautismo de Jesús

CUADRO DE PEDRO BORRELL.

El Evangelio según San Mateo dice en su capítulo III:

«— Entonces vino Jesús de la Galilea al Jordán á Juan, para ser bautizado por él.

»— Mas Juan se lo estorbaba diciendo: ¿Yo debo ser bautizado por tí y tú vienes á mí?

»— Y respondiendo Jesús le dijo: Deja ahora: porque así nos conviene cumplir toda justicia. Entonces le dejó.

»— Y después que Jesús fué bautizado, subió luego del agua. Y he aquí

se le abrieron los cielos: y vió al Espíritu de Dios que descendía como paloma y que venía sobre él.

»— Y he aquí una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido.»

Al texto del Evangelio se ajustó el distinguido artista Pedro Borrell al dibujar y al pintar el excelente cuadro que damos en este número reproducido fielmente del original. Lo llenan las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo y del Bautista, completándolo las de segundo término, todas dibujadas con exquisita corrección y modeladas y pintadas con perfecto conocimiento de las obras de los grandes maestros. La de Borrell, llena de grandiosidad y de intenso sentimiento religioso, parece inspirada especialmente en los pintores italianos de las mejores épocas, de los cuales tiene la elegancia de la factura. El conjunto del cuadro se presenta además severo en armonía con la grandeza del asunto.



El aumento que ha experimentado la población de Berlín es extraordinario. Algunas cifras bastarán para demostrar tan notable fenómeno sociológico. A mediados del pasado siglo, cuando Londres contaba 800,000 habitantes y París 550,000, Berlín no pasaba de 90,000.

En 1800 llegó á 170,000, en 1820 á 200,000, en 1839 á 300,000, en 1847 á 400,000, en 1861 á 500,000 y en 1864 á 600,000. Unida la ciudad á los arrabales se extendió como una mancha de aceite y tomó el aspecto monótono y pobre que se nota en las habitaciones obreras de las afueras.

Después de la guerra contra Francia aumentó de 768,000 habitantes que tenía en 1870 á un millón en 1877.

Según el censo correspondiente al año 1885, tenía en dicha fecha 1.312,000 habitantes; en 1890 alcanzó ya 1.575,000. Si se añade á dicha cifra el nuevo arrabal que próximamente quedará unido á la ciudad, la población total llega hoy á muy cerca de 2.000,000 de habitantes.

Con todo, Berlín no forma más que la 33.<sup>a</sup> parte del total de la población del imperio de Alemania, mientras que París forma ya la 6.<sup>a</sup> parte de la de Francia. El aumento continuará sin duda alguna. Bismark, en 1873, ya profetizaba aquel enorme crecimiento de la ciudad y exigía más anchura para la magnífica avenida en proyecto, entre el parque de Grűnewald y los barrios ricos, pues que dicha avenida la consideraba ya como la de los Campos Eliseos de aquella capital.

\* \* \*

Algunos caballeros de Malta conversaban un día sobre el peligro con que les amenazaban los turcos que, según decían, venían contra ellos en número de ciento cincuenta mil. Uno de aquellos caballeros se llamaba Sansón y tenía la desgracia de ser muy bajo. Aconteció que alguno de los presentes dijo en tono de burla:

—Señores, no alarmarse. ¿Por ventura no hay un Sansón entre nosotros? Creo que bastará por sí solo para destruir todos los ejércitos de los turcos.

Como este discurso excitó grandemente la risa, el hidalgo bajito replicó al punto:

—Tiene usted razón, caballero; pero para alcanzar con seguridad completa victoria, me sería preciso poseer las quijadas de usted, y entonces realizaría verdaderos milagros.

\* \* \*

N... no tenía un céntimo, y habiéndose batido uno de sus amigos le explicaba que la bala se había detenido en el bolsillo del chaleco por haber chocado allí con un duro. —¡Qué afortunado eres! á mí, en tu lugar, me hubieran matado.

\* \* \*

Un joven muy instruido pero al mismo tiempo muy modesto, permaneció silencioso en una sociedad de literatos. Preguntóle su padre que por qué no se había lucido haciendo gala de sus conocimientos.—Temía, respon-

dió, que me preguntaran acerca de algún punto que yo ignorase.

\* \* \*

Leyendo un poeta á un amigo algunos trozos de un poema bastante largo que había compuesto, le preguntó qué pasajes le gustaban más. A lo cual contestó el amigo: —Los que no me habéis leído.

\* \* \*

Un caballero decía en cierta ocasión que no se podía ser persona decente sin tener por lo menos diez mil libras de renta. Como preguntaran á una persona si era decente: —No señor, contestó, me faltan cuatro mil libras para serlo.

\* \* \*

A un letrado fué preguntada una cuestión de esta manera: una mujer de un lugar tenía una borrica, la cual sirvió muy bien, viniendo á Toledo, y yendo al molino y en otras cosas. Cuando esta mujer murió, mandó á sus herederos que aquella borrica no la cargasen ni trabajase, sino que cada noche la echasen al prado y cada día le diesen medio celemin de cebada, y para ello dejó ciertas fanegas. Esta borrica ha muerto ya; quería saber de usted si un asno que tengo yo, hijo de ella, heredaría la dicha cebada. El letrado respondió que siendo el asno su hijo legítimo, era heredero de la cebada que dejó su madre, y como amo de dicho asno la podía pedir en su nombre, y él lo daría determinado en derecho.

\* \* \*

El papel luminoso capaz de conservar en los aposentos la luz del día durante las horas de la noche y que es al propio tiempo impermeable se compone de la siguiente sustancia:

Agua. . . . .	10 partes
Pasta de papel común. . . . .	40 >
Polvo fosforescente. . . . .	10 >
Gelatina. . . . .	1 >
Bicromato de potasa. . . . .	1 >

Su fabricación no presenta ninguna dificultad, pues es igual á la del papel común. El bicromato de potasa es la sustancia que le comunica la impermeabilidad. En cuanto al polvo fosforescente contiene sulfuros de calcio, bario y estroncio.

Se asegura que este papel conserva la propiedad luminosa por espacio de algunos meses.

\* \* \*

He renunciado á la amistad de dos hombres, porque uno de ellos no me ha hablado nunca de sí mismo y el otro no me ha hablado nunca de mí.—\*\*\*

\* \* \*

La virtud lleva la recompensa en sí misma: no tiene en cuenta ningún salario; la recompensa de una buena acción es el haberla hecho.—SENECA.

\* \* \*

Tratándose de viajes, un compañero que hable bien vale tanto como un carruaje.—PUBLIUS SIRUS.

\* \* \*

La desgracia mayor que tiene el rico es la de creerse

amado por un gran número de personas que él mismo no ama.—SÉNECA.

\* \* \*

Es preciso reconocer que la naturaleza, que tan grandes ventajas ha concedido al hombre, le ha dejado la debilidad ó flaqueza de pensar menos en las cosas antes de hacerlas que después de hechas.—QUINTO CURCIO.

\* \* \*

A causa de las continuas alabanzas que se le prodigan, la credulidad de un déspota no tiene límites.—JUVENAL.



UN LENTE ORIGINAL

Hay diferentes medios para leer sin dificultad las menudas letras de varios periódicos; uno de ellos consiste en colocar un lente á la altura que se necesita, sujeto sobre un pie cualquiera, pasándolo lentamente por encima de las líneas del periódico puesto horizontalmente sobre la mesa; pero este sistema requiere algún trabajo, aunque el resultado compense el esfuerzo; mas para facilitar la tarea, un ingenioso industrial de París ha ideado un lente giratorio cuyo dibujo publicamos y con el cual,



recorriendo de arriba á bajo y de izquierda á derecha las líneas de letras se leen á distancia y sin esfuerzo: consiste en un pequeño espejo convexo que refleja las letras aumentándolas; con lo cual se economiza la vista, lo que ya es mucho, y se ven prácticamente ciertos fenómenos de óptica que nunca dejan de entretener agradablemente al curioso lector: también se aplica á dibujos y trazos pequeños, haciendo el efecto de un *praximoscopo*, aparato que describiremos en el número siguiente y que puede sustituirse con una vulgar botella.

JULIÁN.

*Soluciones al número anterior:*

A la charada en prosa:

VI-O-LÍN

A la charada:

A-MA-LI-A

A la dispersión:



El oso y la patrona

CHARADA

— Adelante: no responde!  
¿Quién es el duende que llama?  
Tal misterio ya me escama.  
¿Es fantasma ó es un conde?  
¡Por Dios que pasa de raya!  
Silencioso está el intruso ..  
¿Será un oso? ¿Será un ruso?  
¿Un tapiro, una cobaya?  
Es un *total*, *prima* y *dos*,  
un ser aterciopelado  
que se introduce taimado  
tal vez de mi sombra en pos.  
Y al revés, ¿qué significa?  
¿Vestimenta respetable?  
¿Traje serio, irreprochable  
que al malvado mortifica?  
Cansado estoy de marañas  
y de mitos y asechanzas.

Diga ya quién es, sin chanzas,  
sin embustes ni patrañas.  
¿Animal? ¿Felino chato?  
¿Hermoso y falso y perverso,  
de ojo vivo y pelo terso  
y por su natura ingrato?  
Sí; ya sé; *prima* y *segunda*  
animal de cuatro pies;  
¿te adivino? si tal es,  
hasta le diera una tunda.  
Y *segunda* con *primera*  
vestido serio y formal  
que amedrenta al criminal  
aunque tenga el alma fiera.  
¡Vaya que es empeño raro!  
Por más que el lector se asombre,  
no doy á ese quidam nombre  
ni pongo el misterio en claro.

PALOS.

FUGAS SIN FUGA DE VOCALES

Escribanse dos palabras cuyo sentido sea igual con las vocales ó sin ellas y que indiquen: una, un pueblo de España; otra, un artículo de primera necesidad, líquido y que no se bebe.

ACERTIJO

¿Cuál es el astro más barato?

PATÍN.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios para reproducirlas en *La Velada*, siempre que, á nuestro juicio, sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

EDMUNDO DE AMICIS

# MARRUECOS

VERSIÓN CASTELLANA

por Cayetano Vidal de Valenciano

Obra profusamente ilustrada con láminas sueltas, en cromo y en negro, y numerosos grabados intercalados en el texto, apuntes del natural, que son reproducción fidelísima de monumentos, ciudades, armas, tipos y costumbres de lo más notable del imperio de Marruecos. Esta obra vale 12,25 pesetas en rústica y 16,75 ricamente encuadernada.

Esta obra consta de un voluminoso tomo, y se reparte por cuadernos al precio de 4 reales.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES  
por  
ENRIQUE LASSERRE  
OBRA HONRADA CON VARIOS PREMIOS  
DE SU SANTIDAD PÍO IX

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



**WERTHEIM**

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION funcionando sin ruido  
VENTA AL POR MAYOR Y MENOR  
AL CONTADO Y A PLAZOS  
— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

**VIGOR DEL CABELLO**

del Dr. AYER.

Es el mejor cosmético

Hace crecer el cabello  
DESTRUYE LA CASPA

Y con su uso el cabello gris

vuelve á tomar su color primitivo.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer —exquisito cosmético para el cabello— está compuesto de los ingredientes más escogidos. Impide que el cabello se ponga claro, gris, marchito ó rasposo, conservando su riqueza, exuberancia y color hasta un período avanzado de la vida. Cura los humores y la comezón, y conserva el cráneo fresco, húmedo y sano.

**EL VIGOR del CABELLO**

del Dr. AYER

Cuanto más se usa, más rápidos son sus efectos.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Lo venden los Farmacéuticos y Perfumistas.

➔ Póngase en guardia contra imitaciones espúreas. El nombre de —“Ayer”— figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada una de nuestras botellas.

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

POR EL

Dr. C. Krauch

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4.º, impreso con papel superior y tipos claros y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 20 reales.

**CRISTÓBAL COLÓN**

SU VIDA—SUS VIAJES—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

José María Asensio

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles.

Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

LA  
**TIERRA SANTA**

SU HISTORIA—SUS MONUMENTOS  
SUS TRADICIONES—SUS RECUERDOS—SU ESTADO ACTUAL

POR

D. Victor Gebhart

Esta interesante obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno.

## SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

**Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.** — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

**Línea de Filipinas.** — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japon y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

**Línea de Buenos Aires.** — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

**Línea de Fernando Póo.** — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

**Servicios de África.** — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

**Servicio de Tánger.** — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

**AVISO IMPORTANTE** — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.